

PUNTO
ROJO

poker y tumba

a. rolcest

BB



POKER Y TUMBA

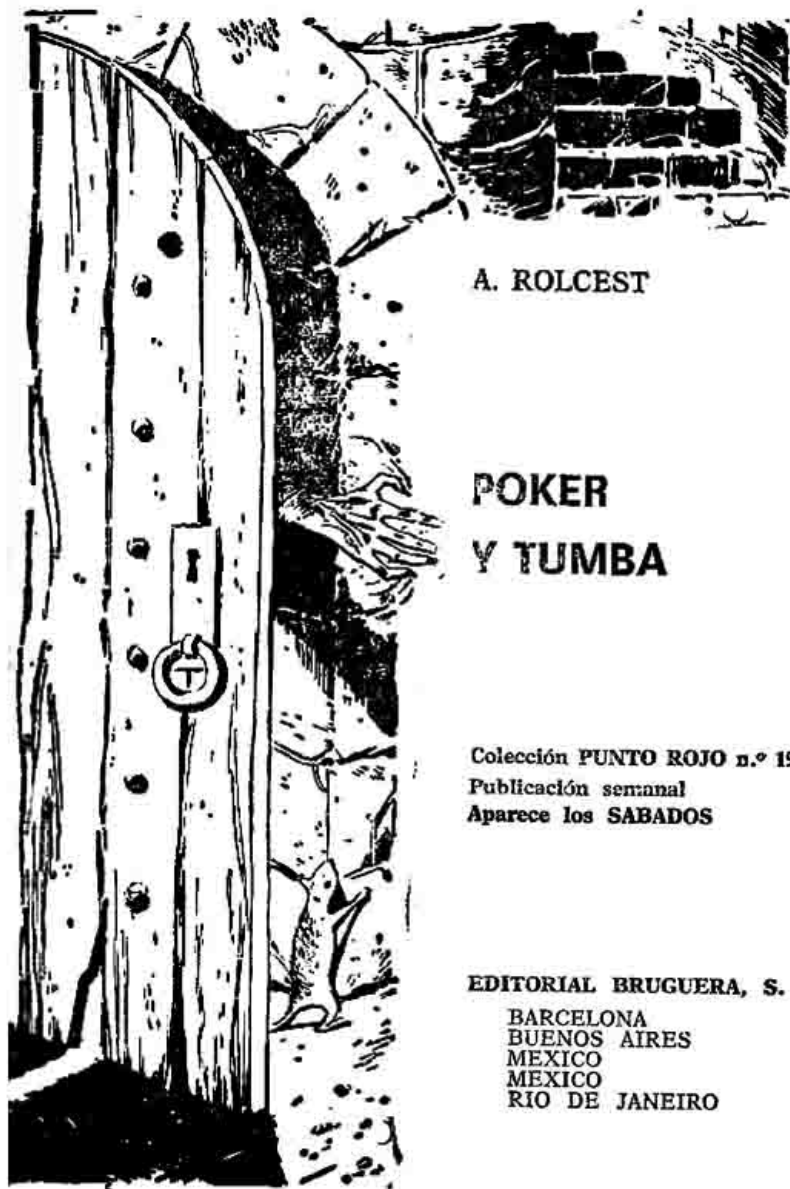


DAVY OGMAN



VONIE DREWY

Garrett



A. ROLCEST

POKER Y TUMBA

Colección PUNTO ROJO n.º 192

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
MEXICO
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 33118 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: diciembre 1965

© A. ROLCEST - 1965

sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL - 1965

sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1965

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 8.111/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
937 — Volcán dormido.
- En Colección BUFALO:
578 — El clan.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
784 — El fuego en las manos.
- En Colección CALIFORNIA:
480 — La otra ley.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
468 — La sangre manda.
- En Colección COLORADO:
421 — Cepo para lobos.
- En Colección KANSAS:
353 — Trofeos de coyote.
- En Colección ASES DEL OESTE:
340 — La huella de los cuatreros.
- En Colección BRAVO OESTE:
236 — La lección del revólver.
- En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
149 — Vendaval en Laos.
- En Colección METRALLA:
58 — Las llaves del infierno.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
87 — El lago acusa.

CAPÍTULO PRIMERO

Los coches se acercaron con los faros apagados. Tenían que ir con mucha cautela, porque aparte de que no había luna, los árboles hacían más cerrada la oscuridad. Los caminos que conducían a la colina, donde se encontraba la casa, eran muy estrechos.

El encontronazo de algún coche contra cualquier árbol o roca, se podía convertir en un tapón para los que iban detrás, cargados de agentes.

La colina donde estaba la casa tenía una ladera sin caminos, porque había un lago bordeando la maleza.

Desde lejos se distinguían las ventanas iluminadas. Todo daba a entender que en la casa había fiesta. Ya eran altas horas de la noche.

Los agentes fueron bajando de los coches y, desplegados, se dispusieron a emprender la suave vertiente que quedaba para llegar al final de la colina.

No se atrevían a llegar con los coches hasta la explanada que había frente a la casa, donde estaban los vehículos de los que celebraban la fiesta.

Agentes del FBI, llevando a la retaguardia elementos de la policía local, se disponían a hacer una redada.

Todo estaba resultando demasiado fácil. Ya el semicírculo de agentes había asomado a la explanada, sin que, al parecer, los hubiesen advertido desde el interior del edificio.

De pronto los agentes empezaron a sentirse enganchados en ramas de espino, amontonadas en el borde de la explanada. Algunos se agacharon para desenredarse, cuando las luces de la casa se extinguieron y empezaron a salir, por las ventanas y los lados del edificio, ráfagas de metralleta.

Pronto la explanada quedó barrida. Por la parte trasera del edificio iban saliendo los *gangsters*, disparando contra los propios coches y los bordes de la explanada.

Transcurrieron varios minutos en que la cima de la colina quedó cubierta por una temblorosa red de proyectiles.

Poco a poco el estruendo fue apagándose. Uno de los agentes consiguió

encender los faros de un coche, encarando los dos chorros de luz a la casa.

—¡Escapan hacia el lago!

Este fue el aviso que transmitieron los que se encontraban en, la parte más cercana al lago.

La maleza dificultaba cortarles la retirada. Fue entonces cuando comprendieron que el sitio elegido por los *gangster* no estaba escogido— al azar.

Más tarde, cuando supieran que, no muy lejos, tenían coches en puntos estratégicos para salir a las autopistas, comprenderían que en ningún instante los cabecillas se habían confiada.

Los que entraron en la casa, alumbrándose con lámparas automáticas, quedaron petrificados ante el espectáculo que ofrecía la habitación, donde había una mesa con botellas, vasos y ceniceros.

En el suelo, tres jóvenes, casi desnudas, yacían acibilladas. Sobre su tersa piel, las heridas de bala daban el efecto de brasas de cigarro.

Entre, los agentes del FBI se encontraba Davy Ogman. Era un expulsada del Departamento, por rebelde.

Si se encontraba en aquel lugar, era porque había algo muy personal en el asunto de la casa aislada. Esa cuestión personal yacía sin vida, en el suelo, con los torneados muslos y los pujantes senos al descubierto.

Davy Ogman se arrodilló junto a una de las muchachas muertas.

—¡Pobre Jane!

Y se puso a acariciarle el cabello platino.

Iban entrando agentes. Todos, ante la vista de las tres muchachas muertas, quedaban inmóviles, aturdidos, sin poderse explicar que aquello fuera posible.

Davy, después de acariciar el cabello de Jane, se incorporó. Pasó la lámpara de un cuerpo a otro.

—Tres muñecas muertas —dijo, cuando mayor era el silencio.

Los que un día fueron sus compañeros en el FBI respetaban la acusada personalidad de Davy. Sabían que salió del Departamento por no pasar por arbitrariedades de la Jefatura. Era de los que decían a las claras que el FBI se había convertido en el *bluf* que sustituía a la sonrisa del Tío Sam.

Tío Sam, con su chistera y estrellas, sonriendo, con sus patas largas y un aire de «Ahí me las den todas», caducaba ante el mundo con experiencia. Y surgía un FBI infalible, un vigilante de ojo abierto durante el día y la noche, que trataba de convencer, al mundo y a los mismos Estados Unidos, que la frivolidad del tío de la chistera no era todo: que detrás de él había un cerebro, y una moral, para reprimir el crimen, el soborno, la proliferación de los *gangsters*...

Davy fue uno de los que presentaron cara a la Jefatura. Todo no era el FBI. Había policías estatales, policías locales, modestos *sheriffs* que rastreaban como buenos sabuesos, pacientemente, para dar con la llaga.

Esto motivó la expulsión. Y ahora Davy se encontraba con una prueba evidente de que muchos fracasos de la Justicia se debían al afán de los distintos Departamentos por abrogarse el triunfo.

—¿Veis? —gritó Davy, frenético, encarándose con los del FBI—. ¿Por qué este despliegue de fuerzas?

Un policía encendió las luces. Todos pudieron verse entonces con el gesto de fracaso.

En una de las habitaciones superiores encontraron una baraja esparcida sobre una mesa, y varios ceniceros repletos de colillas.

Davy Ogman estuvo unos momentos examinando uno de los ceniceros. Los restos de cigarrillo tenían una marca especial hecha con la uña del fumador.

—¿Qué miras? —le preguntó Aston, el agente federal que más intimó con Davy durante el tiempo que este perteneció al Bureau.

—Mira esas señales de uña. Son de un jugador que suele ponerse nervioso. De un individuo que solamente se pone nervioso en el juego —concluyó Davy, sombrío.

—¿Quieres decir que en este sitio estaba sentado Bill Luster? —preguntó el federal, con escepticismo—. Bill no pierde los nervios nunca.

—Jugando, sí. Y si valiera la pena apostar...

El federal se hizo cargo del cenicero.

—Verificaremos las huellas.

Los que se encargaron de la persecución de los fugitivos estaban regresando, abrumados por la facilidad con que los *gangsters* los habían burlado.

—La prensa se despachará a sus anchas —comentó un federal.

—¡Si los palos se reparten bien, no seremos nosotros los que saldremos peor! —dijo uno de la policía local.

Para muchos era evidente que, de haber existido mayor colaboración entre los elementos de la policía local y los federales, la operación hubiera tenido un mejor resultado.

De madrugada, cuando algunos se retiraban a la ciudad, Davy Ogman aceptó ir en el coche de su amigo el federal Aston. Iban los dos solos y pudieron hablar sin reservas.

—Ya sé lo que piensas, Davy: que nuestros recelos sobre la policía local han hecho fracasar este golpe. Pero, ¿cómo no recelar de ellos? ¡Es indudable que Bill Luster y demás compinches nos esperaban!

Davy no contestó. Seguía ensimismado en la trágica estampa de las tres muchachas acribilladas. El federal adivinó lo que pensaba y aventuró:

—Han debido recelar que alguna de esas chicas estaba relacionada con nosotros.

Davy reaccionó con energía:

—¡Si lo dices por Jane, ella no ha escapado en ningún momento del

control de Bill, desde que éste la sacó del club nocturno! Desecha la idea de que Jane ha podido cometer la menor indiscreción al tratar de comunicarse conmigo. Ignoraba que yo me encontraba en este Estado.

—Quizá las otras...

Davy Ogman volvió la cabeza para mirar al federal, que era el que llevaba el coche.

—Vuestro dichoso Bureau ha contribuido a que Bill Luster se convierta en el monstruo que siempre ha anhelado ser. Al declararlo el enemigo público número uno, ha sentido una gran satisfacción y ahora vive obsesionado por ser digno de ese cartel. ¡El Número Uno! Hace algún tiempo que ha empezado una ofensiva contra las amiguitas de todos sus compinches. Averiguad quiénes eran las otras dos chicas muertas con Jane, y sabréis infaliblemente qué otros dos cabecillas acompañaban a Bill Luster.

No dijo más porque ya estaban en la ciudad. Davy se fue al hotel.

Horas más tarde leía a toda plana:

«LA CASA DE LAS TRES MUÑECAS MUERTAS»

Ni se acordaba que lo de muñecas fue pronunciado por él. Uno de los policías debió repetirlo ante los periodistas.

La Prensa de todo el país repitió el titular. Y no habría manera de apartar el nombre de Bill Luster con «Las Tres Muñecas Muertas».

Dos días después de la frustrada operación, el amigo de Davy le comunicó:

—Se han encontrado huellas en los naipes que había sobre la mesa. Desde luego, acertaste: el cenicero que tú decías pertenecía a Bill. Pero las otras huellas nos han desconcertado. Pertenecen a Black Walling y a Tol Crawn. Teníamos entendido que los tres se habían separado.

Davy hizo un gesto sardónico.

—Pudieron citarse allí para una fiesta de reconciliación. ¿De quién sospecháis que procedían las llamadas anónimas que os pusieron alerta, a vosotros y a la policía local?

—Lo estamos averiguando —contestó Aston. Y haciendo un gesto irónico, agregó—: Pero para ti está claro que esas llamadas las hizo el mismo Bill.

—Seguro que por indicación suya. Lleva su sello. Os avisa a los federales al mismo tiempo que a la policía local para que unos a otros os pongáis la zancadilla.

—También te avisaron a ti, Davy —le interrumpió el federal.

—También.

—Pero tú me dijiste que fue el teniente Gadwin quien te invitó a tomar parte en la redada. Y hoy he averiguado que él nada te dijo, sino que tú le

explicaste que yo te había invitado.

La conversación se desarrollaba en el vestíbulo del hotel donde se alojaba Davy.

—¿Crees que hubiera sido mejor deciros la verdad? —preguntó Davy, gravemente.

—¿Qué inconveniente había?

—El aviso que yo recibí llevaba mucho veneno. Justificaban la llamada a un investigador privado como yo, recordándome mis rebeldías dentro del Bureau. «Podrá comprobar que tenía usted razón. Se sabotean unos a otros, con tal de llevarse el triunfo al respectivo Departamento. ¡Se divertirá!». Esto me dijeron. Y cuando vi que los locales preparaban sus coches, vosotros, los vuestros... Que os discutíais las rutas, todos queriendo que prevaleciera el propio criterio, dando tiempo a que el enemigo se diera cuenta de que ibais a acudir a la cita, presentí el desastre.

—¿Tú qué hubieras hecho en nuestro lugar?

—Cualquier cosa menos parecer que dábamos por buena la llamada telefónica. Esto hubiera sacado de quicio a Bill Luster. Él quería matar a las tres muchachas: Jane, porque era la suya; a las otras, porque eran las de los dos rivales... Todo esto con la máxima publicidad. ¡Por algo es el número Uno!

—¡Mal lo van a pasar los que den apoyo a Bill! —exclamó agoraramente el federal.

—Me temo que a Bill le quede todavía mucha cuerda.

—¿Tú qué vas a hacer ahora?

—Volver a mí trabajo. Vivo de mi bufete de abogado y de alguna que otra investigación privada. Estos días han sido unas vacaciones bien desagradables.

—Iré un día a verte en tus oficinas de Chicago. Tenemos que hablar.

Davy hizo un gesto irónico.

—¿No temes que los superiores informen sobre tu contacto con un «apestado»?

—¡No hables así! A ti se te recuerda con agrado y con mucho respeto. Aunque la superioridad estuviera conforme con muchas de tus «cosas» tenían que aplicarte un correctivo.

—Mi ejemplo podía resultar dañino para la perfecta imagen que el país tiene del FBI. Me di cuenta de ello y como sé que los desacuerdos tenían que seguir produciéndose, provoqué la expulsión. Y todo arreglado.

—Pero un consejo de amigo, Davy: no hagas comentarios despectivos. La Prensa los recoge y los hincha. Todo eso te perjudica.

—Lo sé. Cualquier día me veré envuelto en un asunto que me desacreditará como detective o como abogado. No ignoro con quién me la juego.

Lo que Davy decía no era exagerado. Muchos elementos que, por no

adaptarse a las normas del Bureau, tuvieron que renunciar, o verse expulsados, se cuidaban muy bien de hacer el menor comentario que pudiera resultar perjudicial al Departamento. La represalia podía surgir donde menos podía nadie esperarlo.

—Fuera, más «corderitos» y más «asustados» que dentro del redil. ¿Verdad, Aston?

El federal ensombreció el rostro.

—¡No sé qué daría por cambiarte, Davy!

Este rompió a reír.

—¡Vamos, Aston! Mejor es que aceptes este consejo: deja de ocuparte de mí. Te va a perjudicar mucho mi amistad. ¿Crees que a estas horas no hay en la Jefatura un detallado informe de tu contacto conmigo?

—¿Y qué? —replicó Aston, haciendo un gesto de indiferencia.

Pero lo que el federal no podía decirle era que, precisamente sus superiores, le habían ordenado que estableciera contacto con Davy «porque suele haber algo aprovechable en sus salidas de tono». Esto le había dicho el jefe inmediato de Aston.

—Pese a todo nos veremos en Chicago, Davy. Se me ha encargado que averigüe los antecedentes de una de las «muñecas muertas». Parece que en Chicago fue donde empezó a darse a conocer. Creo que tu amiga, digo Jane, también debutó en un club de Chicago. ¿No es cierto?

Davy le dirigió una mirada fatigada. Su rostro moreno, de agradables facciones, expresaba ahora un gran cansancio.

—Si seguramente ya dispones de más datos que yo sobre la vida y milagros de la pobre Jane, ¿por qué disimulas, Aston?

Consultó el reloj. Y se levantó.

—Tengo el tiempo justo para hacer el equipaje.

—¿Vas por carretera? Te lo pregunto porque todas las autopistas están intervenidas.

—Salgo de aquí como vine: en tren. Que es como seguramente lo ha hecho Bill.

* * *

Davy Ogman acertó más de lo que él mismo podía imaginar.

Bill Luster fue el último en salir de la casa. Y luego el último en subir a uno de los coches que aguardaban en sitios estratégicos para enfilear las autopistas.

Esto era algo que ninguno de sus rivales se resistía a concederle: su valor, su sangre fría en los momento de mayor peligro.

Su metralleta fue la última que enmudeció, cubriendo la retirada de los compinches.

Cuando montó en el último coche, en el que solamente se encontraba uno de sus fieles subordinadas, dio orden de tomar un camino transversal a la autopista.

Veinte minutos más tarde se encontraba en la estación del ferrocarril. El coche se marchó.

Vistiendo ropa modesta y llevando lentes, montó en el tren, que apareció a los tres minutos de estar Bill esperando. Todo lo tenía bien medido. Sin más equipaje que un maletín, donde llevaba dos revólveres y una granada de mano, estuvo tres horas en el tren, dormitando.

Al amanecer se apeó en una estación donde «por casualidad» una camioneta, que una hora antes había descargado mercancías, tuvo una avería a la hora de arrancar y que no pudo ser arreglada hasta momentos después que llegó el tren, del que solamente se apeó un viajero.

Bill Luster montó en la cabina de la camioneta.

Pero dos millas más allá de la estación, pasó a la plataforma donde había unas pilas de sacos vacíos. Y mantuvo abierto el maletín, una mano rozando en todo momento la granada.

Una vez amanecido, la camioneta se detuvo frente a una puerta de hierro, que daba acceso a un jardín. Al fondo se veía un edificio de tres plantas.

La puerta de hierro estaba entornada. Bill se apeó, situándose junto a una de las columnas que sostenían la puerta. Arrancó la camioneta.

Cuando desapareció en una curva del camino, Bill empujó la puerta de hierro.

Enfiló un sendero de grava que cruzaba el jardín, llegó a la escalinata de mármol y emprendió la subida. Arriba se oyó levemente el ruido de una puerta.

El que había abierto se mantuvo en la oscuridad del vestíbulo.

—¿Qué, Bill?

Se lo preguntaba uno de los más hábiles cabecillas del hampa, con el que la justicia todavía no había podido hacer nada más que aplicarle alguna multa. Era Cy Hoag.

—Tal como te dije: había encerrona.

La puerta quedó cerrada. Cy Hoag pareció afectado.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Siempre le había producido admiración y pavor la serenidad de Bill, pero ahora más que nunca.

—¿Qué voy a hacer? Quitarme esta sucia ropa, darme un baño y dormir. Dejaremos pasar algún tiempo, hasta que la situación se «enfríe».

—¿Acudieron muchos?

Se refería a los policías.

—*Bastantes*. Ya te enterarás por los periódicos.

Un rato más tarde, cuando Bill hubo salido del baño y envuelto en un

batín de seda permanecía ante un espejo, tocándose la cara, Cy Hoag entró.

—¿Qué haces?

—Estoy pensando que...

Iba a decir que su propia cara lo «aburría». Pero consideró que era demasiado pronto. Y disimuló.

—Estoy pensando que nuestros «traidorzuelos» deben confiarse. Ya llegará el momento de reunirlos a todos para hacerles saber que conmigo no se juega... Menos que nunca... ahora en que soy el número Uno. ¡El número Uno!

Y Bill Luster se dejó caer en un sillón, riendo a carcajadas.

—¡Qué honor, viniendo del FBI!

CAPÍTULO II

Ninguno de los cabecillas supo, en el momento de montar en el coche, en qué lugar tenía que ser la reunión. Estaban autorizados a llevar cada uno su guardaespaldas, pero el conductor y el coche pertenecían a la jurisdicción de Cy Hoag, el que más ascendencia tenía entre todos los jefes.

Y así una mañana se encontraron en un hotel situado en la montaña, muy frecuentado por esquiadores. Era sábado y se hallaba muy animado por hombres de negocios que estaban pasando el fin de semana.

Al mediodía, mientras la juventud esquiaba y las personas maduras tomaban el aperitivo en las lujosas terrazas, en una habitación apartada del hotel los cabecillas celebraban una reunión, presidida por Cy Hoag.

—Ya se está callando la Prensa respecto al incidente de lo que se ha dado en llamar «La Casa de las Tres Muñecas Muertas» —empezó Cy Hoag.

Muchos de los presentes fruncieron el ceño, como si de repente empezara a punzarles un molesto dolor de cabeza.

En muchas caras se podía leer la repulsa: «¿Qué tenemos nosotros que ver en esa lamentable chapuza?»

—Hay algo muy grave en lo que ocurrió esa noche, amigos —prosiguió Cy Hoag, después de una estudiada pausa—. Parece que Bill fue traicionado por uno de los que estuvieron en la reunión... o por alguien que no acudió, pretextando que estaba enfermo.

Black Walling y Tol Crawn estuvieron en la casa de las muñecas y ahora estaban en la reunión. Sus rostros se encendieron de cólera.

Pero antes de que ninguno de los dos pudiera contestar, lo hizo el que no asistió a la reunión, Ken Mansky:

—¡Yo estaba enfermo! ¿Te atreves a insinuar, Hoag, que fui el chivato?

—Yo solo expongo los hechos: hubo chivatazo a la policía. Se dejaron caer en el momento preciso. Y gracias al instinto de Bill se pudo salir de la ratonera. Por eso, para venir aquí, me ha encargado de no hacer distinguos. Todos habéis montado en el coche sin saber a dónde ibais. Habéis utilizado

el avión en el aeropuerto que yo he indicado, sin que ninguno se rebelara. Y debo daros las gracias por ello. Con esa unidad, con esa confianza de unos con otros, podremos resistir a la policía. En cuanto a lo de aquella noche, el principal interesado tomará la palabra.

Cy Hoag se levantó y abrió una puerta que comunicaba con otra habitación. Apareció Bill Luster, con su típico clavel en la solapa, los dedos de la mano izquierda cargados de sortijas, el cigarrillo en los labios.

Sonreía. Pero la sonrisa de Bill Luster era como una pistola apuntando la frente del que lo miraba. Tenía unos treinta y cuatro años, de mediana talla, no mal parecido, cuerpo delgado, sometido a ejercicios gimnásticos, para tener la elasticidad de que muchas veces había hecho gala en asaltos a Bancos y a trenes correo.

Muchos de los atracos efectuados en el país en los últimos tiempos se le habían atribuido a Bill, porque en los relatos de los testigos figuraba un individuo que se movía como un gamo, saltando mostradores de Banco sin el menor esfuerzo o dejándose caer de un vagón en marcha.

Se había dado el caso de que estando Bill encerrado en una prisión local, se efectuó un atraco en el otro extremo del país y se le achacó a él, precisamente porque había un individuo que saltaba «como un gamo». El mismo *sheriff* tuvo que testificar en su favor dos días después. El agradecimiento de Bill fue escaparse, matando al *sheriff*.

Los que veían ahora a Bill, avanzando hacia la mesa para ocupar el sitio de la presidencia, no hacían esfuerzos, por disimular su disgusto.

—¿Verdad que os desagrada mi presencia? —preguntó Bill, sardónico.

Fue mirando de uno en uno a todos los presentes, nombrándolos.

Al tiempo que los nombraba, recordaba algo que le debían:

—Ken Mansky, mis muchachos te libraron del renegado Presser, quien ya había lanzado tras de ti a sus gorilas... Tol Crawn, cuando ibas a medias con Katz y temías que fuera a apartarte para quedarse con todo, recurriste a mí.

—¡Todavía no lo he negado, Bill!

—Pero conviene recordarlo.

Siguió nombrando a todos los demás. Con el nombre iba el recuerdo de algún servicio prestado por Bill.

—Pero ahora parece que a alguno de los presentes estorbe —concluyó Bill.

Protestaron. Sin embargo, era verdad que para la mayoría, la proximidad del hombre que el FBI había declarado como el enemigo público número Uno, constituía una sombra.

—¡Eres injusto, Bill! —protestó Black Walling, uno de los que estuvieron en la Casa de las Muñecas Muertas—. ¡Todos te estimamos! Y precisamente mirando por tu bien, no aprobamos que te arriesgues en sitios como este. El FBI ha tomado a puntillo dar contigo.

—¿Y lo conseguirá? —inquirió Bill, con sorna.

—¡Eso depende de ti! ¡Si sabes esperar, hasta que la situación se «enfrie», podrás burlarlos, como otras veces! Pero es que...

Se calló, cohibido.

—Sigue, Walling.

—Debo decir que parece que tengas interés en complicar tu situación. Las tres chicas aparecieron muertas. Tú te retiraste el último. ¿Quién las «silenció»?

—Podía decir que la policía —contestó Bill, sonriendo—. Jane era la mía. La otra... A ver si recuerdo bien... La que se empeñó en danzar desnuda sobre un extremo de la mesa, ¿no era la tuya, Crawn?

Tol Crawn asintió, con un movimiento de cabeza.

—¿Y la que cantaba como una gallina histérica, no te pertenecía a ti, Walling?

—¡Ya están muertas! ¿Por qué las ridiculizas? —inquirió Black Walling.

Bill esbozó una fría sonrisa... Sus ojos negros adquirieron un brillo inusitado.

—Porque me gusta achicar lo que otros— endiosan... ¡Malditos, estúpidos! ¿Qué creáis que eran? Empezando por la mía, las tres eran eso que dice la Prensa: muñecas que se desnudaban ante quien mejor les pagaba, y ante las que no nos privábamos de decir cosas que nos comprometían.

Black Walling se levantó.

—¡Eso no lo dirás por mí! ¡Siempre me he cuidado muy bien de no hablar de mis asuntos ante ninguna mujer!

—Aquella noche, Walling, delante de las tres estúpidas te vanagloriaste de muchas de tus proezas y nombraste a algunas de los presentes. Tú hiciste lo mismo, Crawn, refiriendo con todo detalle cómo terminaste con la banda de Rich Thom.

Tol Crawn enrojeció al sentir la mirada de todos los que se encontraban a ambos lados de la mesa.

—¡Y las íbamos a dejar como máquinas parlantes en la casa!

—siguió Bill, riendo.

La mayoría seguían mirando con severidad a Tol Crawn y a Black Walling, por las indiscreciones que habían cometido ante sus amigas, de turno.

Bill, se burló.

—Pero, ¿qué estáis haciendo? ¿Os sentís fiscales? ¡Cometéis tantas torpezas como Walling y Crawn! Si tuviera humor para ello, haríamos la prueba. Prepararíamos cualquier fiesta, y en el momento oportuno, os tiraría de la lengua. Creo que pocos resistiríais, a pesar de que ya estáis advertidos.

Para los reunidos, la actitud de Bill Luster resultó, de pronto, irritante.

—¿Eres tú el único infalible, Bill? —le preguntó Ken Mansky.

—Cuando yo charlo de más, no es ante muñecas... —contestó Bill.

Dejó una pausa. De una botella de *whisky* que había sobre un mueble, a un lado de la habitación, se puso un poco de licor en un vaso, algo de soda, y mientras acercaba el vaso a la boca, miró en burla a cuantos había alrededor de la mesa.

—Voy a seguir vuestros deseos... Voy a desaparecer por algún tiempo. Cuando nos encontremos de nuevo, muchas cosas habrán *cambiado*. ¿Hago bien en apartarme?

Todos asintieron. Varios se levantaron, muy animados, y rodearon a Bill.

—¡Sí! ¡Te conviene un «retiro» tranquilo!

—Nosotros capearemos el temporal, Bill.

El enemigo público número Uno apuró lo que quedaba en el vaso, lo dejó sobre la mesa, calmamente se limpió los labios y dijo:

—Pero existe un pequeño inconveniente. Todo lo que poseía lo dejé en el apartamento de Jane. La policía se ha hecho cargo de ello. Estoy, como quien dice, sin blanca. ¿Será necesario que efectúe algún golpe antes de retirarme a descansar por una temporada?

Muchos se ofrecieron enseguida.

—¡Qué tontería ¡Sabes que aquí estamos nosotros!

Llegó el momento de concretar y Bill dijo:

—Necesito cincuenta mil.

Algunos no disimularon que la cifra les parecía exagerada para quien se disponía a vivir una temporada retirado.

...Cincuenta mil, de momento —concluyó Bill—. A medida que vaya necesitando más, ya os lo haré saber. Ved si con el dinero que lleváis encima podéis reunir esa cifra. Y más pronto dejaré este hotel.

No pudieron llegar a esa cifra. Y uno que era conocido en la administración del hotel como gran financiero, tuvo que hacer un talón.

A la hora de cenar, los cabecillas respiraron al recibir la noticia de labios de Cy Hoag de que Bill hacía un par de horas que se había marchado, oculto en un camión que llevaba cajones de botellas vacías.

* * *

Vonie Drewy, después de cruzar la puerta que daba acceso al saloncillo más íntimo de la cafetería, quedó nos momentos quieta, mirando a las mesas.

Desde un rincón, Davy Ogman la observaba, sin hacer nada por llamar la atención de la joven periodista. Crecía que Vonie se hubiera detenido para que las distintas parejas que había en las mesas interrumpieran su conversación y la contemplaran.

Tenía una sugestiva figura. Su rostro era moreno, de barbilla recta, que formaba un rectángulo casi cuadrado con las mejillas y la frente. Aletas de la nariz temblorosas, ojos grandes, oscuros.

Había mucha firmeza en su forma de mirar, y sobre todo, en la manera con que expresaba sus puntos de vista en el periódico.

Retrasaba Davy darse a conocer porque sabía que la impunidad con que ahora la estaba contemplando, se vería pronto turbada por la conversación que de un instante a otro iban a emprender.

Verde, ya acostumbrada a la penumbra en que permanecían las mesas, localizó a Davy y fue hacia él, con gesto de enfado.

—¿Has podido avisarme!

—¿Para qué? Valía la pena contemplarte desde aquí. Cada voz estás más bonita.

—Tampoco tú vas a menos. El otro día te vi en el juzgado y me dije: «Ha ganado mucho Davy con soltar las amarras del Bureau». Hasta has rejuvenecido.

Y sentado frente a él, cabalgando una pierna sobre la otra, se echó a reír, mostrando una dentadura blanca y fuerte, de asombrosa perfección.

—¡Nuestros principios tormentosos! —comentó Davy, jocosamente.

—Y que lo digas.

Ahora los dos podían hacer comentarios humorísticos sobre los tiempos en que Davy era un novato en el F.B.I., y Vonie una corresponsal en Washington para un periódico de Nueva York.

La joven empezó su carrera periodística combatiendo el crimen y al mismo tiempo analizando algo que ella y muchos que no se atrevían a manifestarlo, consideraban un mito cada vez más peligrosamente entronizado: el Bureau.

Vonie se atrevió a poner en duda en el periódico muchas afirmaciones rotundas del FBI. Reconocía sus méritos, pero les negaba que fueran infalibles.

En esa campaña fueron unidos Vonie y Davy. Además, en sitios públicos los veían juntos.

—No olvido que tuviste la valentía de jugarte el puesto al mantener tus convicciones y no soslayar mi amistad —dijo la joven.

Les sirvieron dos combinados. Davy miró el reloj y dijo:

—Media hora de retraso. No es mucho tratándose de una mujer. Demasiado, teniendo en cuenta que esa mujer es una periodista.

—Viniendo me he encontrado con algo que valía la pena informar a la redacción. Ya he telefoneado... Un accidente de circulación, pero en el que lo más importante ha debido ocurrir mucho antes del choque. Había un hombre muerto en la parte trasera de uno de los coches. El conductor se ha escurrido en la multitud.

—¿Ha sido identificado el muerto?

Todavía no. Ya lo he dejado todo enlazado para que no se pierda el menor detalle.

—Trabajando sobre la marcha.

Davy tomó unos sorbos, ofreció cigarrillos a Vonie y después que ambos hubieron encendido, dijo él:

—Ayer vino a mí despacho la madre de Jane. Procede de un pueblecito de Wisconsin. La pobre mujer ya estaba mareada de tanto interrogatorio. En lo que más ha insistido la policía es en sí Jane le envió grandes sumas de dinero. La mujer ha contestado que desde que su hija se marchó, no envió un solo dólar.

Hizo una pausa para de nuevo beber. Vonie le imitó.

—La mujer se me confió. Alguien ha debido hablarle de mi diciéndole que si yo no vengaba a su hija, nadie más lo haría porque la policía no solía ocuparse de «pequeñeces».

—Se lo dije yo —dijo Vonie, interrumpiéndole—. La llevé a tu despacho pidiéndole que no revelara que yo te proporcionaba ese «cliente». Y ahora dime: ¿Sospechaste de mí?

—¿Por qué?

—A las veinticuatro horas de visitarte esa pobre mujer, me has citado aquí.

—Eres la pareja que necesito. Pienso pasar un fin de semana en un parador que hay cerca de ese pueblo— cito.

—¿Y yo debo acompañarte?

—Si el paisaje de aquel lugar no es demasiado atractivo, debo justificar mi permanencia allí. Tú eres un buen motivo para que en un descapotable nos pasemos las horas recorriendo los rincones más apartados.

Vonie no se decidió a rechazar ni a aprobar. Mirando gravemente a Davy, preguntó:

—¿Qué esperas encontrar allí?

—Una pequeña granja. Fue adquirida hace unos meses por un hombre que se presentó en casa de la madre de Jane. Dijo que iba en nombre de su hija. Conocía por ella que exilia una granja apartada, que hacía tiempo estaba abandonada. El hombre se presentó como una persona cansada de todo. Dijo que estaba enfermo y que deseaba soledad. Total, la madre de Jane le llevó al dueño y se entendieron.

—¿Eso es todo?

—Creo que es algo. Cuando el hombre preguntó por la granja, empleó el nombre que Jane solía dar a ese sitio: «El Molino de la Bruja». Hay un molino muy viejo, que ya no se usa... El que utilizara ese nombre el desconocido me hizo pensar que Jane le describió bien ese lugar. Y ahora va lo más significativo: por la fecha en que ese hombre fue a comprar la granja, Jane ya estaba controlada por Bill Luster. Ya había desaparecido del club y ninguno sabíamos de ella.

Vonie apartó la mirada del rostro de Davy.

—Tú estimabas a Jane... mucho más que a otras.

—Fue mi amiga, como siguen siéndolo otras... tú mismo. Las comparaciones...

—Ya lo sé —se apresuró Vonie a interrumpirlo—. No pretendía eso. Yo también estimaba a esa chica. Hubiera llegado a situarse en los mejores clubs. Tenía voz y gracia para actuar.

Piadosamente calló que a Jane le faltó cerebro para esquivar a tiempo el remolino de peligrosos individuos rue iban atrayéndola.

—¿Tú quieres acercarte a la granja? ¿Y si la ocupa alguien que te conoce?

—Hay que correr el riesgo. Tú si te decides a acompañarme, deberás llevar tu máquina fotográfica. Si la policía local, o algún ex compañero del FBI nos ponen alguna «sombra», se le dirá a las claras que estás haciendo un reportaje sobre el lugar donde se desarrolló la infancia de Jane. La idea será cómo una chica de aldea puede llegar a un brillante club, y acabar acribillada en cualquier casa de campo, tirada como un perro.

Vonie hizo un gesto amargo. Pareció que fuera a protestar, como si Davy estuviera burlándose de la muerta. De pronto, reparó en que lo decía quién podía sentirse más afectado que ella, por la muerte de Jane.

—No es mal tema. Puede que ese reportaje sea algo más que un pretexto.

—Entonces, ¿te decides a acompañarme?

—Tengo que terminar unos trabajos en el periódico. ¿Cuándo piensas salir?

—Este final de semana, no. La madre de Jane mantiene despierta a la policía. Debemos dejar que se olviden de ella y de su aldea. ¿Te parece bien la semana que viene?

—De acuerdo.

—Pues esto es todo. Tú puedes volver a tu periódico y yo a mi despacho.

Momentos antes la bella periodista estaba dispuesta a manifestar que tenía prisa. Pero que se hubiera anticipado Davy, no le agradó.

Y sintió un súbito interés por prolongar la entrevista.

—Antes de separarnos, me debes un detallado relato de lo que ocurrió en la casa de campo. Un policía declaró que el nombre de «muñecas muertas» fue cosa tuya, ¿Es cierto?

—Eso me sugirieron las tres muchachas tiradas en el suelo.

Después de un silencio, preguntó Vonie:

—¿Te impresionaron mucho?

Davy asintió con un movimiento de cabeza. Vonie permaneció unos instantes observándolo, cuando él mantenía la mirada fija en el vaso.

—Tu amigo, el agente Aston, estuvo el otro día en la redacción para

hablar conmigo. Pero yo me encontraba fuera de la ciudad.

—Estuvo en mi despacho. No sabía cómo decirme que no debía abandonar este asunto. Disimulé, alegan— lo que tenía mucho trabajo. Si te ves con él, no le des a entender que, ahora más que nunca, voy a dedicarme a la caza de ese monstruo llamado Bill Luster.

—Te lo prometo. En cuanto a ese viaje a la aldea...

—Ya ultimaremos detalles en otra entrevista. Piénsalo primero. Ya te llamaré a la redacción.

Liquidó la cuenta y salieron del saloncillo. Ya en la calle, Davy declaró:

—En una de las mesas había una pareja que no nos perdía de vista. No te vuelvas... Ahora salen de la cafetería.

—Cerca de aquí está mi coche. ¿Te llevo?

—No. A pie los burlaré enseguida.

Instantes después que Vonie desapareciera en su coche. Davy se puso a andar deprisa. Se metió en un bar y salió por la puerta trasera.

Al momento se encontraba de nuevo frente al bar. Dentro vio al individuo que le había estado siguiendo. Ahora no llevaba la pareja. Se acodó en el mostrador, esperando que Davy saliera del lavabo, donde suponía que se encontraba.

De pronto, el individuo se dirigió a la puertecita que conducía al pasillo, por el que se podía llegar a la puerta posterior. Al instante estaba de regreso, con gesto de contrariedad.

Volvió a situarse ante el mostrador. Al volver la cabeza, se encontró con Davy, que acababa de entrar por la puerta que utilizó al principio. El individuo hizo un gesto de sorpresa, tan cómico, que Davy le preguntó, con sorna:

—¿Alguna alucinación?

El individuo hizo un gesto de ira, viendo que se le burlaba, y levantó un puño. Iba a golpearle en las mandíbulas, mientras la mano izquierda buscaba bajo la chaqueta, en el lado izquierdo.

Davy dio una muestra de que era un hábil luchador. Lo esquivó inclinándose a un lado, sin despegar los pies del suelo. Le envió una finta con el puño derecho, y cuando el adversario trató de encajar lo que consideraba un fulminante golpe, descubrió la cara.

El puño izquierdo de Davy lo alcanzó en un ojo. El individuo soltó lo que tenía en la mano izquierda, emitió una maldición y se lanzó corriendo por el pasillo que daba a la parte posterior.

En el bar había solo un cliente, y el *barman*. Los dos permanecían como fascinados, por algo que había en el suelo.

Era un cuchillo. Davy se inclinó a cogerlo.

—Este tipo era enemigo de hacer «ruido» —comentó, guardándose el arma.

Con la mano hizo un saludo a los dos y salió del bar, perdiéndose

inmediatamente entre la multitud que transitaba por la populosa avenida.

CAPÍTULO III

Evitaron pasar por el pueblo para no correr el riesgo de que la madre de la infortunada Jane los viera. Ya tenían alojamiento en el parador situado en un lugar pintoresco, a varias millas del pueblo.

La granja que les interesaba se encontraba oculta por pequeños montes. Para ir a ella, desde el parador, tenían que cruzar el pueblo o dar un largo rodeo, utilizando caminos malos.

El día anterior había estado lloviendo y cuando el coche enfiló el camino de la granja se encontró con un lodazal tras de otro. Había momentos en que no podían reconocer la estrecha carretera.

—Como vacaciones de fin de semana, no está mal —comentó Vonie, dispuesta a no perder el buen humor.

Conducía Davy. Hacía algo de frío y ambos llevaban un grueso jersey. Vonie llevaba pantalones de hombre, que le perfilaban las caderas escuetas, y los muslos, argos y prietos. El jersey, muy holgado, acusaba de vez en cuando el contorno de los senos, de turbadora altivez.

El cabello negro escapaba del gracioso gorrito de punto que llevaba un poco ladeado. Sus ojos castaños, de onduladas pestañas, se hincaban a veces en la gris cerrazón que había en lo alto, deseando desgarrarla para que asomara el sol.

Sobre las piernas tenía la máquina fotográfica. De vez en cuando, Davy detenía el coche, ella se ponía en pie y tomaba una fotografía.

Desde que salieron del parador venían haciendo lo mismo.

A medida que se aproximaban a la granja, el camino era mejor. A ambos lados de la carretera aparecieron trozos de empalizada, de madera podrida.

Había muchos árboles orillando el camino. La tierra de labrantío se veía en total abandono.

—Poco ha hecho el dueño desde que compró la granja —comentó Davy, una vez cruzaron la empalizada.

El camino estaba en curva y no se podían ver las distintas dependencias.

Por fin apareció una casa, de dos plantas. Más atrás del edificio se veía como una gran barraca de reciente construcción, junto a las ruinas de un edificio alargado, en uno de cuyos extremos destacaba una especie de

torreón con ventanas, cuyos cristales estaban rotos.

—Eso es el viejo molino —dijo Davy.

En el parador habían interrogado con habilidad a un viejo empleado, que era del lugar y este les hizo una detallada descripción de la granja. «Quizá el actual dueño no les dé permiso para sacar fotografías. Dicen que es muy raro», comentó el viejo.

Pero el empleado del parador pareció pecar de pesimista, porque aún no había llegado el coche a la casa, se abrió la puerta y apareció un hombre de cabellos grises, mediana talla y cara risueña.

A medida que el coche iba aproximándose, su sonrisa se hacía más abierta.

—¡Bienvenidos! —saludó, levantando una mano—. ¿Se han perdido?

Davy y Vonie saltaron del coche. La muchacha se estiró el jersey y se acusó la juventud de su busto.

—No nos hemos perdido. Cuando salimos del parador teníamos el propósito de venir aquí. Pero ha faltado poco para que en vez de llevar el coche por la carretera lo hiciéramos a campo traviesa. ¡Vaya barrizales! —contestó Vonie.

Y enseguida se presentó como periodista.

—Busca lugares pintorescos —explicó Davy, presentándose como abogado.

—Hágame el honor de pasar. Habrá tiempo para las fotografías.

Ya dentro, se vieron ante una amplia habitación, con muebles que chocaban por lo nuevos y confortarles. Había fuego en la chimenea.

—Mi criado les servirá algo que tomar.

Apareció un hombre de unos veintiocho años, delgado, de rostro chupado y mirada huidiza.

—Klein, atiende a nuestros invitados —dijo el que figuraba como dueño de la granja—. ¡Ah! Todavía no me he presentado. Me llamo Baum.

Mientras Vonie y Davy bebían, el granjero fue dos veces a la puerta.

—No tardará en arrancarse a llover. ¿Les echarán de menos en el parador?

—No. ¿Por qué? —dijo Davy.

—Mi criado podría guardarles el coche en el barracón que utilizo como garaje. Hay habitaciones de sobra para pasar aquí la noche, en caso de que el tiempo empeorara.

—Es usted muy amable —dijo Vonie.

—No crea. Sé que por el pueblo dicen que soy insociable... La verdad es que me gusta estar solo. Pero hay momentos en que me canso. Esta lluvia de ayer parece que ha despertado en mí el deseo de ver caras nuevas, y charlar. ¿Cómo ha sido reparar ustedes en esta granja?

—Por resabios de mi antiguo oficio —contestó Davy.

Estaba dispuesto a jugar a cartas descubiertas, porque tenía el

convencimiento de que todo, hasta la más inocente mirada que la pareja pudiera dirigirse, era registrado.

—No entiendo —dijo Baum—. ¿Su antiguo oficio? ¿Es que tuvo otro antes de ser abogado?

—Bueno, fui por un tiempo policía... Esto dejó en mí un instinto siempre dispuesto para hurgar. A Vonie se le ocurrió hacer unos reportajes sobre las muchachas que brillan, por unos momentos, en los clubs nocturnos, y pensamos que era un buen principio tomar a determinada muchacha, ya muerta, como ejemplo. Me estoy refiriendo a Jane, la que le recomendó a usted esta granja.

Lo cogió de sorpresa. El hombre de cabellos grises y cara risueña no esperaba aquel disparo a quemarropa. Cambió instantáneamente de expresión.

Había palidecido. Con los ojos entornados miró a Davy y a la joven. Maquinalmente volvió la cabeza para dirigir una mirada hacia la escalera.

El criado hacía unos momentos que se había marchado.

—¿Jane? No comprendo. Esta granja me la recomendó un amigo.

—Pero usted fue quien se entendió con el antiguo dueño.

No se atrevió a negar.

—Sí, claro; yo traté con el propietario de esta granja. Pero eso no significa que yo conociera a esa... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Jane. ¿Ni siquiera recuerda su nombre?

Baum, cada vez más nervioso, no cesaba de dirigir miradas a la escalera.

—Lo lamento. Pero creo que los resabios de su antiguo «oficio» les están perjudicando. Por la señorita lo siento. Sus impertinencias me están molestando y...

—¿Nos retira su invitación? —completó Davy—. No se preocupe. Nos vamos enseguida. Si hoy no sacamos las fotos lo haremos otro día, cuando esta granja tenga otro dueño.

—¿Cree usted que voy a traspasarla?

—Usted mismo ha reconocido que le entran súbitos deseos de alternar. Quien está acostumbrado a una gran ciudad... Y por sus maneras, y por los muebles que veo aquí, todo me da a entender que usted no está habituado a un ambiente rural. Quien se ha desenvuelto en grandes ciudades, esto puede parecerle una condena. En cuanto a que no se recuerde ni siquiera el nombre de una muchacha que procedía de esta comarca, es muy curioso. Usted fue a hablar con la señora Bliss para que le presentara al dueño de esta granja...

—¿Señora Bliss? Tampoco recuerdo ese nombre... Es cierto que el amigo que me recomendó esta granja me dio la dirección de cierta mujer que vive en el pueblo. Recuerdo también que hablé con ella unos momentos...

—¿Y no recuerda que mencionó a su hija?

—En absoluto.

—La señora Bliss le hizo muchas preguntas sobre su hija Jane, y usted le contestó que iba muy bien y que pronto tendría noticias de ella. Para demostrar que estaba allí, de parte de Jane, nombró «El Molino de la Bruja».

Baum soltó una risa llena de nervios.

—¡No estoy para tonterías! ¡El «Molino de la Bruja»! ¿Qué quiere decir eso?

—El nombre que una niña aplicaba a cierto edificio en ruinas que hay en su granja.

En todo momento, Davy se había mantenido alerta mirando a la escalera y a las puertas.

—Tendremos que irnos, Vonie.

La muchacha se levantó.

—Sí, es mejor. Tus tendencias de investigador han malogrado la cordialidad con que nos había acogido este señor.

—¡Así es! Y creo que se ha buscado mal acompañante, para meterse en terreno ajeno. Este hombre ha conseguido irritarme, cosa que no es muy fácil.

Davy sonrió.

—Imaginaba que no sería fácil. Pero ha sido muy sencillo, señor Baum. Ha mordido todos los anzuelos.

Le volvió la espalda para que la burla resultara más acusada.

—¿Quiere dar a entender que solo ha venido para molestarme? —rugió el granjero.

—No. Para comprobar su «memoria».

Ya estaban en la puerta Davy y Vonie, cuando Baum hizo una transición. Como dándolo todo por olvidado, preguntó:

—¿No querías sacar unas fotos del molino, señorita?

—En otra ocasión. Hay poca luz —replicó Vonie.

—Y ya está empezando a llover —agregó Davy.

Montó en el coche. Puso el contacto y el motor no arrancó. Se apeó para destapar el motor. Vonie lo miraba con gran ansiedad.

—Una «avería», querida. Un manotazo a los cables de las bujías —dijo Davy, como divertido.

Tapó el motor y enseguida levantó el techo del convertible. La lluvia arreciaba. La muchacha iba a meterse dentro del coche, pero Davy la cogió de un brazo y se dirigieron a la casa.

—A la fuerza tendremos que aceptar la hospitalidad del granjero —dijo en voz alta.

Pero no había nadie en la planta baja. Baum había desaparecido. Davy se acercó a la escalera y miró arriba.

Por la puerta que daba al exterior entró alguien, sigilosamente. Los dos se volvieron al mismo tiempo.

El criado, el enjuto Klein, les apuntaba con una metralleta.

—Síéntense. El señor Baum está arriba. Bajará de un momento a otro. Está recibiendo una reprimenda.

—¿El dueño de esta granja? —preguntó Davy, sentándose en uno de los sillones, cercanos a la chimenea.

Vonie le imitó, escogiendo el asiento que Davy le indicaba con la mirada.

—Sí, el dueño de esta granja —repitió Klein, con sorna—. Arriba tiene a algunos «huéspedes» que vinieron aquí en busca de tranquilidad. La visita de ustedes ha resultado molesta al principio. Pero luego ha sido considerada como muy beneficiosa.

El individuo de la metralleta se sentó junto a un teléfono que había colgado en la pared, cerca de la puerta.

—Los «huéspedes» han podido saber que el señor Baum dijo demasiadas particularidades de esa tal Jane para comprar esta granja. Díganme: ¿Hay policía por los alrededores?

—Que yo sepa, no —contestó Davy, con tranquilidad.

Vonie lo miraba entre asustada y admirada. Le parecía que Davy había estado haciendo juegos de mano para sacarse de la manga una indiscutible pista.

—Mejor para los dos si es así —siguió Klein—. Dentro de unos momentos saldrá un coche, no el de ustedes. Y todo lo más tardar, dentro de una hora, este teléfono sonará dos veces seguidas. Luego, tres. Después, una.

Hizo una pausa. Sin dejar de apuntarles con la metralleta, miró al exterior y escupió.

—Mejor para ustedes si esa señal suena correcta. De lo contrario, Chicago lamentará la pérdida de la más bonita periodista y el más astuto detective privado.

Dicho esto, rompió a reír. Lo interrumpió el vibrar de un motor. El ruido venía de un lado del edificio.

Klein, situado en la puerta, indicó con la metralleta al que conducía que podía acercarse a la parte delantera de la casa.

A través de una ventana, Davy y Vonie pudieron apreciar que se trataba de un coche negro, cerrado.

Arriba empezaron a oírse pasos. Al poco, aparecían unos pies por el último escalón que podía verse desde donde se encontraba Davy.

Luego, otros detrás. Y otros.

Quien iba delante era Baum, el rostro amarillo. El que iba a continuación era de figura más esbelta. Llevaba la cara cubierta por vendajes, dejando solamente la abertura de los ojos, la boca y la nariz.

El último, más corpulento, también llevaba la cara hecha un ovillo de vendas.

Los dos últimos se tocaban con sombrero de ala flexible. El que iba en medio golpeó con el cañón de un revólver la espalda de Baum. Este ya se encontraba en el último escalón.

El golpe del revólver era una orden para que hablara.

—¡Están a tiempo! ¡Digan si la policía sabe que están aquí!

—pidió el «granjero».

—Puedo decir que si hay algún policía siguiéndonos, no nos hemos dado cuenta —contestó Davy—. Podemos garantizar que por todos los medios hemos procurado soslayarlos.

Baum se inclinó sobre el que daba las órdenes con el revólver. Acercó el oído a la abertura de la boca del individuo esbelto. Estuvo unos momentos escuchando.

—De momento, nada hay contra ustedes —dijo Baum, transmitiendo lo que acababan de decirle—. Sabemos que tanto usted, expulsado del FBI, y la periodista, disfrutan de poner en evidencia las torpezas de la policía.

—Se equivocan. No disfrutamos —replicó Davy—. Tratamos de corregir esas torpezas.

Otra vez Baum volvió a inclinarse para escuchar. El segundo individuo vendado permanecía inmóvil, sujetando con las dos manos una metralleta.

—¡Menos cháchara! —transmitió Baum—. Mi «huésped» dice que tiene prisa. Y que será el primero en celebrar que no haya policías por los alrededores, porque los más perjudicados serían ustedes. Dice también que esto no es una despedida, si todo marcha en orden. Les desafía para que tomen parte en un apasionante juego que se avecina.

El revólver, del que parecía el jefe, volvió a tocar la espalda de Baum. Este volvió a inclinarse para oír.

A la hora de transmitir, miró a Vonie:

—El «huésped» lamenta tener tanta prisa. Le gustaría recrearse mirándola.

—Pues yo me alegro de que tenga prisa —contestó Davy—. No me gusta tener competidores para contemplar a mis amigas y menos todavía a Vonie.

Baum, después de escuchar al jefe, transmitió:

—El huésped dice que a él le pasa lo mismo.

A través de las vendas se apreciaban dos fuertes brillos en el lugar de los ojos. Cada vez que recorrían las líneas del cuerpo de Vonie parecían chispear.

El individuo que daba las órdenes echó a andar hacia la puerta. Baum ordenó:

—¡Pónganse en pie!

—¡Cómo no! —exclamó Davy, levantándose.

Vonie hizo lo mismo. Los dos que tenían la cara vendada llegaron a la puerta. Allí se volvieron para mirar a la pareja.

Y desaparecieron en el exterior. Al momento, el coche negro arrancaba.

La lluvia caía cada vez más fuerte. La habitación iba quedando, por momentos, en mayor penumbra.

Baum permaneció en la puerta, viendo cómo se alejaba el coche negro. Cuando desapareció en una curva se volvió, con el semblante demudado por la cólera.

—¡Malditos! ¡Por su charlatanería me he ganado una reprimenda!

—¿A qué se refiere? —preguntó Davy.

—¿Por qué ha nombrado a Jane y a su madre? ¡Mi «huésped» ha considerado que era una pista para los sabuesos y ha dejado la granja!

Iba a avanzar hacia la pareja, cuando Klein lo llamó. Ya no se comportaba como un «criado».

—¡Baum! ¡No pierdas el tiempo! Conecta las bujías y prueba el motor. Mira también el depósito. Hay que llenarlo hasta el tope.

Sumisamente, contestó el «granjero»:

—Sí, Klein.

Salió a la lluvia para rodear la casa. Pudo utilizar la puerta trasera, que quedaba más cerca del garaje, pero temía a su compinche.

Davy y Vonie habían vuelto a sentarse.

—¿Podemos hablar? —preguntó Davy, dirigiéndose a Klein.

—En voz alta.

—Pronto quedaremos a oscuras y tal vez sienta la tentación de hacerles alguna jugarreta.

Vonie lo miró indignada.

—¿Por qué dices tonterías? —le reprendió, muy bajo. —¡Ese individuo puede dispararnos!

—¿A ver qué pasa ahí? —inquirió el de la metralleta, al tiempo que tocaba el conmutador de la luz.

La habitación quedó iluminada.

—Así es mejor —comentó Davy, bastante alto, para que el guardián pudiera oírle—. Has dicho que ese hombre podía dispararnos, Vonie... ¡Claro que puede hacerlo! Lo tengo en cuenta, y por eso voy a aprovechar estos momentos para decirte... ¿Hablo bastante alto, muchacho?

—Si sigue así no habrá dificultades —contestó Klein, mirando de vez en cuando al exterior.

—Bueno, Vonie... Ya es hora de que te lo diga... Hace tiempo que estamos jugando al gato y el ratón. Unas veces el ratón eras tú y otro me tocaba a mí huir. Todo, ¿por qué? Por conservar nuestra independencia. Desde el primer día que te vi, me di cuenta que pertenecías a esas mujeres que cogen a un hombre y le dicen: «Mis caricias te han de bastar. No has de mirar nada, ni pensar nada que yo no controle». Y me puse en guardia.

—¡Valiente estúpido! —replicó Vonie, verdaderamente irritada—. ¿No tienes otras cosas de qué hablar?

—Más importantes, no, en momentos como este. Imagina que dentro de un rato el teléfono no de la señal que ese muchacho espera...

—¡Mal para todos, empezando por ustedes! —dijo desde la puerta Klein.

—Ya has oído... Debemos seguir hablando de nosotros. Por turnos, hemos sido el gato y el ratón. Si te acosaba yo, tú me esquivabas, y viceversa.

—¿Cuándo te he buscado yo?

Davy rompió a reír.

—Siempre pecáis de lo mismo... ¿Por qué diablos te sonrojas? La verdad no debe ruborizarte. ¡Claro que has venido tras de mí, siempre que me sabías enredado con alguna muchacha de club! ¿Es que no hemos coincidido varias noches en la misma sala... por «casualidad»?

—¡Y era por casualidad!

—O por curiosidad... muy femenina. Una vez que triturabas con la mirada a la rival de turno, te ibas tan satisfecha, segura de que no tenías una seria competidora.

—¡Basta, Davy! —y Vonie se puso en pie.

Él se levantó también, la cogió de los hombros y dijo:

—¡Lástima que no termináramos ese estúpido juego! Nos hemos perdido muchas horas de felicidad, de mirarnos sin recelos.

Ella permaneció inmóvil, como hipnotizada, ante la proximidad de los ojos y la boca de Davy. Este fue inclinándose, como buscándole los labios.

De pronto miró hacia la puerta. Klein los miraba con mucha atención.

—¡Me has partido, muchacho! —exclamó Davy, como si de pronto reparara en que no estaban solos—. ¡Bien pudiste mirar para otro sitio!

—¿Y por qué? —Klein fue acercándose.

Ya a muy pocos pasos se detuvo, apuntando a Davy con la metralleta.

—No se las dé de listo. Póngase de cara a la pared y separe las piernas. Voy a cachearlo.

Davy se dispuso a obedecer. El individuo, al advertir que la muchacha quedaría a sus espaldas, ordenó:

—Usted también, al lado de él.

Davy, como buen experto en cacheos, se puso a la distancia correcta de la pared, se inclinó, apoyando las manos en el tabique y se dejó cachear.

El individuo, siempre apuntándole con la metralleta, que sostenía con una sola mano, lo tocó hasta en los tobillos.

—Bien. Ahora usted póngase aquí, con los brazos en alto —le dijo a Vonie.

—¿Qué pretende? —inquirió Davy, ya vuelto de cara a Klein.

—Cachearla —y esbozó una sonrisa, mientras miraba a la joven.

El pecho de Vonie empezó a palpar aceleradamente mientras sus rostro enrojecía de indignación.

—No lo intentes —advirtió sordamente Davy.

El individuo lo miró extrañado.

—¿Qué es esto? ¿Una amenaza?

—Tómalo como quieras. Pero aparta de tu cabeza la idea de *tocar a la señorita*.

—¡Soy yo quien decide! ¡Soy yo el amo de la situación!

—No lo creo. Tú no tienes órdenes de terminar con nosotros, en tanto no llegue la hora de la señal. Somos la garantía de tu jefe...

Parecía que Davy fuera a saltar sobre Klein, para arrebatarse el arma. El *gangster* lo pensó así, y empezó a retroceder.

Vonie miraba a Davy, angustiada. Con los ojos le indicaba que permaneciera quieto, que abandonara aquella actitud desafiante. De un momento a otro el individuo podía dirigir un chorro de proyectiles contra Davy.

—Te quedarás con el mismo deseo de tu jefe, de acariciar esta «muñeca». Esta no será manoseada por patanes como tú, y carniceros como tu amo.

El *gangster*, por un momento, parecía tener el rostro más enjuto, los ojos más hundidos.

—¿Sabes lo que has dicho del jefe?

—Que es una bestia carnicera. Y creo que a él le rusta que lo llamen así.

—¿Por qué no se lo has dicho cuando estaba frente a ti?

—¿Acaso él me ha dirigido la palabra?

Hacía unos momentos que fuera se oían fuertes aceleradas. El motor quedó funcionando perfectamente y Baum entró.

—¡Todo listo! —al fijarse en la actitud de Klein y Davy, preguntó—: ¿Qué ocurre?

—Acaba de insultar al jefe.

Baum lo miró aterrorizado.

—Pero, ¿es que lo ha descubierto?

—Eso parece... O quiere pasarse de listo.

Baum hizo un gesto despectivo.

—Bah. Lo que interesa ahora es recoger lo más importante. Voy arriba...

—De un momento a otro debe producirse la señal. Procura no tardar.

Baum, el que hasta hacía un rato había figurado como el propietario de la granja, emprendió la escalera, esquivando la burlona mirada que le dirigía Davy.

Vonie, no pudiendo resistir más, se dejó caer en el sillón y se cubrió el rostro con las manos. La lluvia hacía la situación todavía más dramática.

Klein no perdía de vista a Davy. Este permanecía de pie, junto a la chimenea.

—¿Sigues desafiándome? —preguntó Klein.

—¡Déjanos en paz! —replicó Davy—. Por culpa tuya la señorita está muy afectada... No ha acertado a adivinar que tú no eres más que un perro que ladra.

—¿Tú sí?

Davy se cruzó de brazos y se apoyó en la pared, mirando hacia la escalera.

Que no se dignara contestarle, terminó de exasperar al *gangster*.

—¡Cuando suene la señal... te darás cuenta si sé hacer algo más que ladrar!

—Es mejor que vigiles el exterior, no tengas alguna sorpresa —le indicó Davy.

Y el individuo obedeció, retrocediendo hasta la puerta, afectado, por no haber prestado atención durante varios minutos a lo que pudiera estar ocurriendo fuera.

Por un momento estuvo tentado a apagar las luces. Pero el temor a pie Davy se aprovechara de la penumbra en que quedaría la planta baja, lo disuadió.

El cortinaje de lluvia no le dejaba ver nada de fuera, excepto el coche y los primeros árboles.

Pensó en que Baum estaría arriba, con las luces encendidas. Temió que eso pudiese ser una señal para la policía, y gritó:

—¡Baum! ¡Baja enseguida! ¡Y apaga las luces!

Por momentos estaba más nervioso. No hacía más que mirar el teléfono. Hubo momentos de aturdimiento que Davy iba aprovechando, para desplazarse desde un lado de la chimenea al sillón, donde estuvo sentado al principio.

Con el pie fue empujando algo que dejó a corta distancia de Vonie: Enseguida quedó de nuevo recostado contra la pared.

La muchacha, sin apartarse las manos de la cara, miró a Davy. Este indicó con la mirada lo que había dejado en el suelo, y movió un pie, dando a entender que ella debía hacer lo mismo con el objeto que tenía cerca.

Era la pistola de Davy. La muchacha tuvo el acierto de no apartar las manos de la cara, ante la sorpresa. Movié los pies en el instante en que Baum descendía a escalera, con un maletín, y ya vistiendo otra ropa.

—¿Ha sonado la señal? —preguntó.

Cuando Klein iba a contestarle, sonó el timbre. Todos quedaron sin respirar.

Dos veces. Y enmudeció.

Tras una pausa, el timbre volvió a oírse. Baum había quedado al pie de

la escalera. Vonie, sentada, seguía con las manos en el rostro.

Davy, con los brazos cruzados, recostado contra la pared de la chimenea.

El más ansioso por lo que ocurría parecía Klein.

Tres veces sonó el timbre y calló.

Otra pausa. Y solo una vez más el timbre desgarró el silencio.

—¡La señal! ¡Todo en orden! —exclamó Klein, acometido por una risa histérica—. ¡Baum! ¿Recogiste todo lo importante?

—Aquí lo llevo.

—¿Qué es?

—«Herramientas».

—Trae el maletín. Luego sube y corta la línea del teléfono. Date prisa.

Pesaba el maletín que Baum dejó en el suelo, cerca de Klein. Fue arriba y aún no habían transcurrido tres minutos, se encontraba de vuelta.

—Ya tenemos comunicados a los tórtolos —comentó Baum, adoptando un aire de broma para disimular su nerviosismo.

No se sentía seguro de nada. Quería escapar de la granja tanto como de Klein. Algo le veía en los ojos que no le gustaba.

—Quédate ahí, Baum —dijo Klein, mostrando los dientes, sin que la risa sonara—: Tengo que darte un recado del jefe... Me ha dicho que fue una torpeza muy grande que no le refirieras los detalles que mediaron en la adquisición de esta cochina granja. Que no le recordaras que fuiste a la casa de la madre de Jane...

—¡Pero si me lo ordenó él!

—Por entonces Jane vivía y la situación era otra, Baum... tú sabías cómo estaba la situación de «caliente» cuando el jefe vino aquí. Debiste recordarle que la madre de Jane podía atraer la curiosidad de los policías... Pías sido muy torpe, Baum. Muy torpe. Y ahora va a darse cuenta alguien que me está escuchando que no solamente sé ladrar...

De la metralleta empezaron a salir ráfagas, dirigidas a Baum. Davy se lanzó contra las piernas de Vonie y tiró de ellas, pasando enseguida un brazo por la espalda de la muchacha, para amortiguar el golpe contra el suelo.

Con la otra mano buscó la pistola. Una ráfaga acababa de puntear lo alto de la chimenea. Baum ya se encontraba en el suelo, acribillado.

Los proyectiles descendieron, buscando los sillones.

Pero de donde menos lo esperaba Klein, irrumpieron tres llamaradas. Al amparo de los muebles, Davy se había deslizado con extraordinaria rapidez.

Un proyectil penetró en la frente de Klein y la metralleta soltó una rociada al techo.

Davy, arrastrándose, regresó al lado de Vonie. La muchacha permanecía tendida, ahora de bruces. Vio cómo acababa de actuar Davy, y

totalidad no había conseguido reponerse de la conmoción que las feroces descargas de la metralleta le habían producido.

Él le acarició el cabello, mientras la ayudaba a incorporarse.

—Debes tener los nervios destrozados... Pero yo no podía hacer otra cosa.

—¿Por qué hostigabas a ese individuo? ¡Eso es lo que más nerviosa me ha puesto! ¡Te gusta jugar con el peligro...!

—Era necesario tomarle la delantera a ese sujeto. Hubiera sido fatal si llega a advertir que le temía.

Le dio la pistola y fue adonde quedaba la metralleta. Durante unos momentos quedó mirando al exterior.

—Hay dos tácticas a seguir. Una, reparar el teléfono y esperar que vengan por nosotros. Otra, aventurarnos por esos barrizales...

—¡Salir de aquí cuanto antes! ¡Tenemos el coche! —contestó Vonie, yendo hacia él.

Tropezó con el maletín y se quedó mirándolo. Davy lo abrió. Contenía varias pistolas ametralladoras.

—Nos iremos —dijo Davy—. Pero antes quiero dar un vistazo arriba. ¿Me acompañas?

—¿Qué esperas encontrar?

—Había dos caras vendadas. Una, por lo menos, tenía heridas.

—¿La del que daba órdenes?

—Sí. El otro, el que empuñaba la metralleta, debió ir vendado para despistar.

—No entiendo.

—Para que pensáramos que las vendas eran solamente una especie de máscara.

En las habitaciones de arriba hallaron un gran desorden. Había muebles apilados frente a algunas ventanas, a modo de parapeto. Un colchón estaba cortado por el centro.

En un cubo vieron algodones sucios de sangre. Junto a una ventana había una mesita con unos prismáticos. Y un cenicero cargado de colillas.

—Desde aquí ha debido estar observándonos Bill —dijo Davy.

Vonie lo miró entre afectada y escéptica.

—¿Ya das por sentado que era Bill?

—Lo dicen esos restos de cigarrillo. Cuando está nervioso clava la uña del pulgar. ¿Hago el empalme del teléfono y esperamos a la policía?

Vonie se estremeció, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Por favor, Davy! ¡Sácame de aquí! ¡Desde el parador haremos la llamada!

—Está bien —contestó Davy, mirándola.

Y como antes hizo abajo, volvió a cogerla por los hombros. Pero ahora la besó fuertemente en la boca.

—A partir de ahora, Vonie... lleva mucho cuidado...

La joven había enrojecido. Quiso echarlo a broma, pero la caricia de Davy la había aturdido.

—¿He de llevar mucho cuidado contigo? Descuida. Tendrás ya pocas oportunidades.

—¡No empecemos de nuevo el juego del gato y el ratón! No me refería a mí... ¡Vámonos!

Instantes después se encontraban en la puerta que daba al exterior. Davy llevaba el maletín.

—¿Te atreves a conducir? Yo debo atender esto —e indicó la metralleta que utilizó Klein.

—Cuando lleguemos a los barrizales iré despacio.

El coche era de Vonie. Era de dos plazas, muy rápido, que la periodista solía utilizar en su trabajo.

—El periódico deberá pagarte el lavado del coche. ¡Vaya material que vas a llevar a la redacción! —comentó Davy, en el momento en que el coche arrancaba.

Había apagado las luces y cerrado la puerta. En atención al desasosiego de Vonie desistió de escudriñar la barraca que servía de garaje.

Durante el trayecto, en que tenían que atravesar anchos barrizales, no hablaron.

Cuando llegaron a uno de los ramales de la autopista, ella manifestó:

—El pueblo queda más cerca. ¿Qué hacemos?

—Tú debes decidirlo.

—Vayamos al pueblo. Habrá algún bar, ¿no crees? Desde allí podremos telefonar.

—¿Podremos? ¿Es que piensas llamar al periódico?

—Es mi obligación.

—Quizá convenga esperar hasta que volvamos a Chicago. No debemos lanzar a los cuatro vientos lo que hemos visto. Verás cómo la misma policía nos pedirá callar. Bill nos ha invitado a un juego y yo pienso aceptar.

Vonie, después de permanecer unos instantes mirando pensativa a través del parabrisas, constantemente rayado por la lluvia, preguntó:

—¿A qué crees que se deben las heridas que un individuo tiene bajo el vendaje?

—A que nuestro enemigo número Uno, Bill Lester, quiere cambiar de cara.

CAPÍTULO IV

En el pueblo solo se detuvieron el tiempo preciso para tomar un café. Renunciaron a telefonear desde el pequeño bar, porque el teléfono no tenía cabina y la llamada a la policía habría puesto al pequeño pueblo en estado de alarma.

Lo hicieron desde el parador. Llegaron a la hora de la cena. Mientras Davy telefoneaba, Vonie fue a darse un baño.

Cuando de nuevo apareció ante Davy, todo el cansancio y nerviosismo se habían esfumado.

—Me siento avergonzada —dijo ella, sonriéndole, apenas sentarse a la mesa—. Me he comportado como una histérica. Por todas partes me ha parecido ver fantasmas... ¡No tienes idea del miedo que pasé cuando huimos de la granja! Cada vez que se metía el coche en una charca, creía que íbamos a hundirnos en un pozo sin fin.

Se quedó mirando fijamente a Davy, muy grave.

—¡Cómo es posible ese temple de nervios? —preguntó—. ¡Y te expulsaron del Bureau! ¿Tan sobrados andan de hombres valientes?

Davy rompió a reír.

—¡Vamos, Vonie! No es precisamente valor lo que falta en el FBI. En cuanto a lo que he hecho en la granja, no tiene importancia, porque yo ya iba dispuesto a encontrarme con escollos. Si he pasado un mal rato ha sido al ver el riesgo que corrías... No olvido la manera con que brillaban los ojos de Bill, cuando te miraba. Temí por unos momentos que se le ocurriera llevarte como rehén.

El rostro de Davy había ido ensombreciéndose. Pensaba en la manera con que había terminado con Jane y las otras dos muchachas.

—A él me refería cuando te dije que a partir de ahora tendrás que llevar mucho cuidado. Tu trabajo en el periódico te puede llevar a alguna trampa preparada por Bill...

Vonie veía que cambiaba de color. Lo que no hizo cuando le apuntó la

metralleta de Klein.

Se sintió halagada, pero disimuló, burlándose.

—Sé cuidarme, Davy... Además, no me será difícil conseguir un permiso para llevar armas.

—¿Por qué no pides que te acompañe un agente —replicó él, irónico—. Lo que debes hacer es no ocuparte de Bill hasta que deje de constituir un peligro Nada de lo que has presenciado hoy debes mencionar! en tus reportajes...

—¡Y dejar que un compañero se me adelante!

—Yo me encargaré de hablar con la policía. Diré que llegamos cuando el tipo de la metralleta estaba terminando con su compinche. Ya veremos. Lo importante es no mencionar que salieron dos individuos con la cara vendada...

—¿Vas a ocultarlo a la policía? —preguntó Vonie, sorprendida.

Davy movió la cabeza.

—¡No! Pero tampoco se lo voy a decir al primero que llegue... Lo que busco es que la cosa no trascienda. Que no lo menciones en el periódico, para no atraerte el odio de Bill.

Davy tenía la habitación contigua a la de Vonie. Cuando iban a retirarse, Davy dijo al conserje:

—Puede que esta misma noche vengan a buscarnos. Llamen en mi habitación solamente.

Arriba, Davy utilizó la puerta de paso para comprobar que Vonie cerraba bien la puerta que daba al pasillo.

—La dejaré entornada —dijo él—. Y esto, no estará de más bajo la almohada.

Le dio una pistola. El maletín sacado de la granja lo había dejado Davy bajo su propia cama.

La habitación de Vonie conservaba el perfume con que la joven se había friccionado al salir del baño. Ya cerca de la puerta, Davy se quedó mirando a la joven.

Ella sostuvo su mirada y en sus labios gordezuelos empezó a dibujarse una sonrisa. La pistola que él le acababa de entregar seguía en su mano.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

La respuesta de Davy fue rodearla con los brazos y besarla fuertemente en los labios.

Enseguida se separó de ella unos pasos. La muchacha no perdió la sonrisa.

—¡Y tú te sorprendías de que yo desafiara al tipo de la metralleta! ¡No sonrías así!

—¿Por qué no? Te conozco muy bien, Davy... Tú no eres capaz de que nuestra limpia camaradería...

—¡Pero es que eres peligrosamente bonita! ¿Por qué te traje?

Se volvió bruscamente y cruzó la puerta de paso.

—¡Cierra con el pestillo! —dijo, sin osar volverse para mirarla de nuevo —. ¡Buenas noches!

—Buenas noches... Y estoy segura de que no será necesario cerrar, Davy —contestó ella, con afectuosa entonación.

También Davy estaba convencido de ello. La imagen de Bill, sus villanías, eran la mejor salvaguarda. La idea de que pudiera parecerse a aquella fiera, en su forma de mirar a cualquier mujer, le producía náuseas.

Se dejó caer vestido en el lecho, convencido de que pronto llamarían a la puerta. Se durmió...

* * *

No el ruido, sino el perfume de Vonie fue lo que le despertó. La muchacha andaba cerca, preparando sobre una mesita el desayuno que un empleado acababa de servir. Ya era de día.

Había grandes nubes, pero el sol podía más, y todo el paisaje parecía nuevo.

Davy se incorporó, alarmado.

—¿Cómo es esto? ¿Es que has abierto? —preguntó, viendo la mesita donde estaba el desayuno.

—Lo hice cuando me hube convencido de que no había riesgos — contestó Vonie—. Abajo tenemos a un amigo que ha sido muy considerado. No ha querido despertarnos.

—¿Quién es?

—El agente Aston. Con él se encuentra un detective estatal. Otros policías ya deben encontrarse en la granja.

Davy saltó del lecho, con gesto irritado.

—¡Has hecho mal en no despertarme!

—¡Pero, si para mí ha sido una sorpresa encontrarme con Aston! Yo oí los pasos de un empleado y abrí, para pedir el desayuno. Entonces me dijo que teníamos visita... Aston subió, acompañado del detective. Apenas saludarnos, el federal dijo: «Celebro que estén bien. Luego que desayunen hablaremos...» Ahora que, hay algo...

Perdió la expresión alegre y se quedó mirando a la puerta que daba al pasillo.

—¡Ese Aston, con su sonrisa burlona, me las va a pagar! —exclamó Vonie.

—Ah. ¿Sí? ¿Sonreía? —preguntó Davy, irónico.

—Desde mi habitación él y el detective dirigían miradas a la puerta de paso. «¿Y Davy descansa? Bien, bien. Esperaremos». Y se fueron.

—Aston siempre se pasa de listo —contestó Davy.

Se sentaron a desayunar. Iban por la mitad, cuando llamaron.

—¡Soy yo! ¡Vengo solo!

Era el agente federal. Davy abrió.

—Por fin he podido despegarme de ese cargante detective. Al verme dispuesto a esperar, ha decidido dirigirse a la granja —manifestó Aston.

Cerró la puerta y se quedó mirando a los dos. Pero no había maliciosa sonrisa ni expresión de soma.

Vonie empezó a sentirse más tranquila. Y quiso concretar:

—Entonces, la sonrisa de liebre... ¿No llevaba veneno?

—¿Cómo? —preguntó Aston, queriendo hacerse el despistado.

—Aston: Siempre has creído que Vonie y yo éramos algo más que buenos amigos —intervino Davy—. Y aunque tu cabeza es dura, voy a conseguir que entiendas de una vez...

Se acercaba al federal, con cara de pocos amigos los puños dispuestos a entrar en acción.

—¡Oye, Davy! —empezó Aston, riendo.

El puñetazo de Davy en las mandíbulas le obligó a chocar la espalda contra la puerta. Aston contestó con gran rapidez y tuvo entonces Davy que retroceder.

La mesa quedó volcada, produciendo ruido de vajilla. Los dos se enzarzaron a golpes. Ambos eran hábiles luchadores.

Muchos puñetazos los esquivaban, pero no faltaban los que daban en la cara o en el pecho.

Aston quiso aplicarle una llave de judo. Instantáneamente surgió la contrallave.

Los dos fueron al suelo, pero Davy quedó encima, teniendo un brazo de Aston cogido de forma que lo inmovilizaba.

—Te dejaré lisiado para toda tu maldita vida... como no quieras entender...

Aston reía y hacía gestos de dolor.

—¡Me rindo! —dijo el federal.

Vonie permanecía arrimada a un lado de la habitación, con los brazos cruzados, con gesto de indiferencia. Sabía que Davy y su amigo habían zanjado multitud de cuestiones de esta manera, desde que ambos estaban en el Bureau.

—¡Ya veremos quién paga los estropicios! —dijo Vonie, cuando los dos estuvieron en pie.

Aston se daba masajes al brazo, haciendo cómicos majes.

—Esta vez me has fastidiado —confesó—. Por poco me rompes el brazo.

—En serio, Aston: ¿Cuándo vas a terminar de ocuparte de Vonie?

—¡Diablo! ¿En qué la perjudico? Muchos compañeros todavía no se explican que dejaras el Bureau.

—Me echaron.

—Cuentos. Todos sabemos que provocaste esa expulsión. «¿Por qué lo haría?», se preguntan muchos.

—Porque existen cosas por las que no me resigno a pasar. ¿Queda claro?

Aston movió la cabeza, riendo.

—Pero no podemos reconocerlo nosotros, Davy. Por fidelidad al Cuerpo, tenemos que buscar otro motivo. Y se ha dado la versión de que tú saliste del Bureau por influencia de esta Venus.

—¡Aston! ¡Conseguirá que no le mire a la cara! —protestó ella.

El federal se puso serio.

—Bien: comprendo que esté molesta por mis tonterías de antes. Pero es que no encontraba manera de deshacerme del pegajoso detective. ¡Es un pulga! Luego lo verás, Davy... Yo quería aprovechar la ocasión de hablar contigo aparte. Al verme dispuesto a aguardar a que la «parejita del romance» desayunara, se impacientó: «¡Al diablo los tórtolos! ¡Me voy a la granja!».

Aston juntó las manos, las separó, y dijo, con geste simpático:

—Y el detective Cushing se ha esfumado.

—¿Cushing estaba abajo?

—Ya me ha dicho que te conocía.

—¡Demasiado! En una de mis investigaciones privadas me crucé con él y estuve tentado de abandonar el caso. ¡Qué pelmazo! En todas partes me encontraba con sus patas torcidas y su mostacho gris.

—Pues él parece que te aprecia. Al ver a Vonie, ha dicho: «Ese muchacho se merece una chica así».

Como Davy y Vonie fueran a protestar, creyendo que volvía a las andadas, Aston levantó las manos:

—¡Palabra que lo ha dicho!... Y yo creo que a los dos os tiene simpatía por rivalidad profesional.

Se refería a que Cushing era un detective estatal, y que por ello debía mirar con simpatía a todos los que hubiesen plantado cara a los federales.

—Bien. Aprovechemos el tiempo. Para empezar, abre el maletín que hay bajo mi cama —dijo Davy.

Ante el arsenal que apareció en el maletín, Aston miró afectado a los dos.

—¿Esto estaba en la granja?

—Y esto —contestó Davy, sacando de debajo del colchón la metralleta que utilizó Klein.

Refirió a continuación lo que había sucedido. Aston iba cambiando de color. Davy se detuvo para preguntarle:

—¿Qué te ocurre?

—¡Luego te lo explicaré! ¡Continúa!

Así que Davy hubo terminado, Aston exclamó:

—¡La sorpresa que va a llevarse Cushing cuando se encuentre en la granja dos cadáveres! Por teléfono no diste a entender que hubo muertes.

—Porque no sabía qué gente iban a enviarme. Me alegro de que hayas aparecido tú. Esto me huele a que no ignorabas nuestra escapada de fin de semana.

—No. A los dos os he tenido bien vigilados estos días. Sabía que preparabais algo. Después que interrogasteis a la madre de Jane, os entrevistabais más a menudo que de costumbre. Algo debíais estar tramando... Además, parece que alguien te ha tomado manía. El tipo que intentó apuñalarte en un bar de Chicago...

Vonie preguntó, afectada:

—¿Cuándo fue eso? A mí no me has dicho nada.

—Pues sucedió a los pocos minutos de separarse de usted —contestó Aston.

—¿Fue el día que nos citamos en la cafetería en que tú notaste que nos observaban?

—Sí. Aquel individuo tal vez solo se proponía darme un recado, pero se puso nervioso. Bueno, Aston: ya sabes lo que ocurre. Esas dos caras vendadas, ¿tienen que mencionarse?

—¡No! —contestó rápidamente Aston—. Bill busca la publicidad, y hemos decidido no dársela. Además, ¿recuerdas que en la casa de campo cogimos huellas de Black Walling y de Tol Crawn? Los dos se han esfumado. Permanecen a la expectativa, hasta ver si tomamos medidas contra ellos. Pero aparentemente no hacemos nada. Esperamos que se confíen... Y eso mismo haremos con Bill. Habrá que esperar. Tenemos bajo una discreta vigilancia a otros cabecillas que ahora llevan negocios «legales» y se creen seguros.

Aston se interrumpió, y se puso a pasear, otra vez afectado. Se detuvo de pronto y se quedó mirando a la pareja:

—¡Qué estupidez! ¡Si llega a ocurriros algo, no me lo hubiera perdonado! Yo disponía de personal para seguiros hasta la misma granja...

—Hubiera sido tu mayor error —contestó Davy—. Desde el piso alto vigilaban los caminos. Si nos dejaron pasar fue porque estaban convencidos de que no llevábamos «cola».

Vonie señaló los cacharros rotos.

—Esto habrá que explicarlo abajo, no vayan a penar que Davy y yo nos lo hemos tirado a la cabeza.

Aston estuvo a punto de contestar que, con el tiempo, eso sería corriente entre los dos, pero se mordió la lengua.

CAPÍTULO V

Davy, terminado el juicio, acompañó a su defendido hasta el taxi y le estrechó la mano, felicitándolo.

El hombre estaba emocionado. Tenía ya el pelo canoso y su cuerpo parecía un manojito de huesos. En otro tiempo fue un tipo fornido, de mucho empuje.

—¡Le estoy muy agradecido, abogado! ¿Cómo le pagaré?

—De una manera muy sencilla. Vuelva a su trabajo. Y si viejas «amistades» lo molestan, presénteles cara.

—¡Lo haré!

El coche de alquiler arrancó. Davy permaneció unos momentos mirando cómo se perdía en la barahúnda de coches. Mientras, evocaba los tiempos en que su cliente era joven y actuaba a las órdenes de Cy Hoag, en los tiempos de la Prohibición.

Ahora Cy Hoag estaba considerado como un honrado hombre de negocios. Davy pensaba en que el pasado solamente parecía pesar sobre los pobres diablos, cuando oyó a sus espaldas:

—Davy: Este viejo amigo tuyo quiere saludarte.

Se volvió. Vonie, sonriente, le indicaba a un hombre que vestía con desaliño, tenía las piernas algo arqueadas y mostacho gris.

—¡Hola, señor Cushing!

El detective estatal le tendió la mano.

—Me he dado cuenta de que, como abogado, es usted algo serio... Pero si le abundan clientes como el que acaba de librar de la cárcel, no se hará usted rico.

El gesto de Davy se endureció. Antes de que él pudiera decir nada, Vonie intervino, riendo:

—¡Pero si lo dice en broma!... El señor Cushing se ha emocionado viendo cómo batallabas por defender a un pobre diablo.

—Es cierto —reconoció el detective estatal—. Ha dicho usted algo muy gordo. ¡Sí, amigo Davy! Cada vez que se sienta en el banquillo un pelagatos, sale el pasado lleno de piojos y malos olores, para influir en el jurado.

Davy había dicho en la Sala: «Imaginen por un momento que ese pobre hombre mal vestido, se transfigura, y aparece con un flamante traje, con sortijas en los dedos, una flor en la solapa, el cabello brillante y oliendo a perfume caro... Imagínenlo así, y piensen en todo lo que ha dicho el señor fiscal sobre su pasado. ¿Les sabrá lo mismo?».

—¡Muy gordo, sí, señor! Y estoy seguro de que muchos en la Sala han pronunciado mentalmente nombres como el de Cy Hoag, Ken Mansky, y demás hombres de «negocios» que ahora brillan y son orgullo del país.

—No de todo el país, amigo Cushing.

—Bah. ¿Qué me importa que haya tres cuartas partes que repudien a tipos como Cy Hoag, si esa gente no puede levantar un ratón del rabo? Sé de algunos diputados y senadores que deben algo a tipos como Cy Hoag y Ken Mansky. Lo digo delante de una periodista muy sagaz, por si quiere aprovecharlo. Pero no se lo aconsejo. Nada sacaría —y mirando a los dos, al tiempo que se tocaba el bigote, preguntó—: Soy pelmazo, ¿verdad?

Vonie rompió a reír.

—¡Pero es simpático! No lo imaginaba así.

—Ya sé. Nuestro amigo Davy me habrá pintado muy desfavorablemente. Él no me perdona que, en cierto asunto, yo no quisiera reconocer una parte privada. Se trataba de un chantaje, y «oficialmente» había que sentar la mano.

—¡No empecemos! —protestó Davy—. «Oficialmente» solo hubiéramos conseguido destrozar un hogar. Al final usted mismo lo reconoció.

El detective Cushing se rascó el cogote, riendo:

—Desde un principio estuve convencido de que su táctica en llevar el asunto como usted lo hacía era lo acertado para no estropear la familia, cuyo jefe estaba siendo víctima de un chantaje. Pero yo tenía que defender un principio...

—¡Yo lo sé: su principio de autoridad! —recordando los sudores que el detective estatal le hizo pasar, se tocó la frente—. ¡Usted es más terco que yo! ¿Por qué no olvidamos aquello?

—Olvidado... Pero la señorita ha dicho que usted nos invitará a almorzar en un restaurante que cae próximo. Y charlaremos del «mico» que me dieron en el parador.

Ese «mico» consistía en que el agente federal Aston les dijo que regresaran a Chicago, que él se encargaría de dar explicaciones al detective cuando regresase de la granja.

Davy miró a Vonie. Hacía varios días que no se veían.

—¿Tan pronto te ha convencido este «Bigotes»? —preguntó, con cierta mordacidad.

La joven miró al detective y explicó:

—¿Sabe por qué va? Porque durante estos días me ha invitado un par de veces y el trabajo me ha impedido aceptar. ¡Y él no cree que ha sido el

trabajo!

Davy puso una mano sobre un hombro de Cushing.

—Así llevamos más de año y medio. Cuando la busco yo, ella huye.

—¿Y viceversa? —preguntó el detective del bigote.

—Sí. Aunque ella lo niega.

—Porque alguna vez hemos coincidido en un mismo sitio, Davy supone que lo espío —replicó Vonie.

Se dirigieron a un restaurante cercano. No utilizaron ningún vehículo.

Caminando, preguntó Davy:

—¿Ha venido en plan oficial, Cushing?

—No. Aquí no tengo jurisdicción. Además, tan pronto el agente Aston le echó la zarpa a este asunto, la policía estatal quedó aparte. Cuando el FBI lo crea conveniente, por medio de algún agente de División requeriré nuestra ayuda... Sí, cuando la cosa esté al rojo vivo usted ya lo sabe.

Davy compartía el retintín del detective Cushing. Los dos muertos encontrados en la granja era lógico que pusieran en movimiento a la policía de Wisconsin. Pero al momento se encontraron con la pega de los límites del Estado.

—Si nos necesitan, pedirán que arrimemos el hombro. De lo contrario, nunca se nos darán explicaciones de por qué han matado a dos hombres en una granja de nuestra demarcación. ¡Qué se le va a hacer! —dijo Cushing, resignado.

Se habían sentado a una mesa situada en un extremo de la sala.

—Si yo no supiera lo cabezota y zorro que es usted, pensaría que está en Chicago de vacaciones. Pero usted trae las alforjas repletas de avispa —comentó Davy.

Después de una pausa, agregó:

—Solo le pido una cosa.

—Veamos.

—Que durante la comida no hablemos de ello.

—Como quiera... Pero podemos referirnos al que usted acaba de librar de la cárcel, a ese pobre diablo de Syrkin.

—¿Usted lo conocía?

—En los tiempos de la Prohibición lo arresté una vez. Con ello lo salvé, porque a los pocos días la banda de Al Capone se dedicaba a «barrer» distritos. Ese Syrkin hubiera sido uno de los primeros en caer, porque estaba de vigilante nocturno en el almacén de un rival de Capone. Hace unos días me enteré que iba a efectuarse el juicio por creerlo complicado en un asesinato...

—El caso es que yo presencié el accidente de circulación —refirió Vonie—. Era cuando me dirigía a la cafetería donde me esperaba Davy. Chocaron dos coches. Uno quedó volcado...

—El que conducía Syrkin —siguió Cushing—. Y resultó que

transportaba un cadáver. ¡Muy gracioso!

Pero no río. Ni ninguno de los presentes.

—Syrkin tiene un viejo coche con el que se gana el jornal, transportando paquetes y algún que otro viajero. Esa tarde llamaron para que acudiera con su coche a determinadas señas, donde estaría esperándole un cliente...

—Pero ya el cadáver estaba en el coche.

—Sí. Debieron colocarlo durante la noche, cuando Syrkin lo dejó en el solar que hay frente a su casa. En toda la mañana no trabajó... He podido probarlo por el testimonio de los vecinos. Eso es lo que ha salvado a Syrkin. Eso y el presentarse a la policía, después de haber estado media hora sin saber a dónde acudir —dijo Davy.

—A nadie se le ocurre tener toda una mañana un muerto en el coche que ha dejado frente a su casa —comentó Cushing—. Pero él no debió de huir.

Davy hizo una mueca.

—En lo primero que pensó Syrkin fue en su pasado. «¡Me lo cargarán!», pensó.

Durante el juicio se demostró que al coche que volcó al de Syrkin le fallaron los frenos.

—Utilizaron a Syrkin para una pesada broma. ¡Eso fue lo que me decidió a defenderlo! —dijo Davy, indignado.

Porque resultó que al sitio que debía ir Syrkin, era una pensión situada en la calle Cincuenta y Siete Oeste.

Allí debía preguntar por el señor Lerner. Se hospedaba allí un hombre llamado así. Pero resultaba que ese «señor Lerner» era el muerto que Syrkin llevaba en el coche.

—Es extraño que usted no haya recordado el «estilo» de esa clase de bromas —comentó Cushing—. De pasada ha aludido a ciertos *gángsters* que ya pudren tierra... pero se ha callado quién tiene en la actualidad gran predilección por esas tretas: enviar sus víctimas a su propio domicilio.

—Me he callado el nombre de ese individuo con toda intención —contestó Davy.

—También lo ha silenciado el fiscal.

—También.

—Y los periódicos.

—Espero que así lo hagan. Hay una campaña de silencio contra el individuo que usted sabe. Esto lo creo un acierto del Bureau. Ese individuo se desesperará y por todos los medios procurará hacer alguna cosa notable, para mantener el cartel que el FBI le ha endosado como enemigo público número Uno.

Davy se interrumpió para mirar con dureza al detective estatal.

—¡Y ya estamos otra vez hablando de lo mismo!

—Sí, ya estamos... Y diré solamente una cosa. Después, nos dedicaremos a almorzar apaciblemente. ¿Quiere, Davy?

—Venga.

—Pues que nuestro enemigo número Uno... ya ha hecho la «cosa notable».

Davy se quedó esperando, lo mismo que Vonie. Pero Cushing se puso a comer.

—¡Esto está delicioso! —exclamó.

Vonie iba a pedirle que explicara en qué se fundaba para pensar que Bill había entrado en acción. Adivinándola, Davy le dio con el pie, indicándole que callara.

A un zorro como Cushing, lo mejor era contestarle con las mismas armas.

—Efectivamente: esto está muy sabroso —dijo Davy.

Terminaron el almuerzo y Cushing comentó:

—Aunque defiende a pelagatos, de los tres, es el que más dinero gana. Bien está que pague la cuenta.

Davy lo hizo. Luego manifestó:

—Tengo que ir a mí despacho. ¿Tú te quedas con él? —miraba a Vonie.

Antes de que ella contestara dijo Cushing:

—Usted no puede irse, Davy. Siente demasiado interés por lo que me he callado.

—No importa. A pesar de eso, me voy. Vonie sabe que también siento interés por ella, y a veces me marchó.

—No lo creo —lo incitó Cushing.

Al momento Davy ya estaba en la calle, yendo hacia el sitio en que tenía el coche.

—Ese volverá —dijo Cushing.

Vonie estaba con el rostro encendido, mirando con dureza al detective del mostacho.

—¡Usted no lo conoce! ¡Davy no volverá, aunque esté devorándole la curiosidad! ¿Por qué lo ha incitado a que se marchara?

Cushing se quedó mirándola. La furia que había en los ojos castaños pareció deslumbrarlo.

—¡Vaya! ¿Le duele que lo haya espantado? ¿Y por qué demonios no ha aceptado ninguna de las invitaciones que le ha hecho estos días?

—¡Eso es cuenta mía!

—¡Ya! Atornillando, como mujer... La verdad es que no me explico qué puede temer una mujer con una cara tan bonita...

Vonie pareció que fuera a rasgar el mantel, con tal nerviosismo lo estrujaba. Se calmó enseguida.

—Bueno, señor Cushing: Desde que esta mañana ha aparecido usted en la redacción pidiéndome que lo acompañara al juicio...

—... A un juicio, al que usted ya tenía decidido ir.

—Por obligación. El periódico...

—De su periódico había allí el redactor de turno. Bien: quiere decirme que desde esta mañana hemos sido buenos amigos. Seguiremos siéndolos, no se preocupe. ¿Vamos al despacho de Davy?

—¡Yo, no!

—Sin usted no podemos hacer nada. Esta mañana, hablando de Bill, cuando yo le he dicho que él siempre deja un rastro muy conocido por mí, usted me ha interrumpido...

—Sí. Y es verdad que Davy conoce, por las colillas, cuándo Bill ha estado en un sitio, muy nervioso.

—Por la uña clavada en las colillas. Yo también he reparado en ese detalle, desde mucho antes que Davy empezara a investigar. Por algo soy más viejo en la edad y en el oficio. Olvide mis bromas, Vonie... Debemos ir al despacho. En realidad, deseaba que se efectuara allí la entrevista...

* * *

Apenas llegar Davy a su despacho, marcó un número en el teléfono y preguntó por el agente Aston.

Al instante el federal se puso al aparato.

—¿Qué tal te ha ido con el viejo Cushing? —le preguntó Aston.

—Ya que estabas al tanto, debiste almorzar con nosotros.

—Tenía trabajo. Sé por un compañero cómo te has portado en el juicio. Te felicito por la defensa que has hecho de tu cliente... Y por la ocasión que te ha brindado para soltar algunas chinitas a los jurados y demás...

Davy lo interrumpió:

—En serio, Aston; ¿Tienes idea de lo que pueda llevarse entre manos el viejo Cushing? Yo no creo que haya venido a Chicago solamente para presenciar el juicio de hoy.

—Hace tres días apareció en la carretera, a seis millas de Madison, el cadáver de... Bueno: no puedo decírtelo por teléfono. Recuerda lo de la «publicidad». Ya hablaremos esta noche.

Minutos después que Davy hubo colgado, la joven secretaria le anunciaba por el interfono:

—La señorita Vonie y un caballero desean verle.

—Gracias, Margi. Que pasen.

Afuera, lo primero que hizo el detective del mostacho fue observar a la secretaria. Era joven y bonita. Enseguida miró a Vonie. Ella le entendió y movió la cabeza, rechazando: «Aunque no lo crea, no tengo celos de ella».

Cushing se encogió de hombros, como si no comprendiera el motivo en que pudiera basarse Vonie, para no tener celos de aquella linda secretaria. «A mí me gusta. ¡Vaya piernas!», pensaba el del mostacho.

Ya en el despacho de Davy, la joven se tranquilizó al ver que él no tenía la expresión de triunfo que había estado temiendo.

—Usted gana, Davy. Sigue siendo usted más obstinado que yo —empezó Cushing.

En ese momento, después de anunciarse, entró un ayudante de Davy. Estuvieron unos momentos deliberando sobre un expediente.

Apenas marcharse, Davy preguntó:

—¿A quién encontraron muerto en la orilla de la carretera, a seis millas de Madison?

—¡Anda! ¡Ya ha ido cortando camino! —exclamó Cushing, mirando el teléfono—. ¿Por qué no le han dicho el nombre?

—Porque no querían confiarlo al teléfono. ¿Abreviamos?

—Está bien: Tol Crawn es el hombre que apareció tirado en la carretera.

—¿Está seguro?

Cushing se limitó a mover los párpados. La pregunta la hizo Davy maquinalmente. Apenas oír el nombre recordó el espectáculo que ofrecían las tres muchachas muertas. Una de ellas, la que se hacía llamar Huida, era la amiga de Tol Crawn.

—Yo tengo mi teoría, Davy —manifestó Cushing, seriamente—. Horas antes de su muerte, Tol Crawn estuvo jugando al póquer con Bill... en el hotel de un suburbio de Madison. Muy cerca de ese hotel está mi domicilio. Por debajo de la puerta me deslizaron este papel.

«MIENTRAS LOS SABUESOS DUERMEN, LOS ZORROS HACEN SU AGOSTO».

Esto leyó Davy, escrito a máquina, en letras mayúsculas.

—Dos agentes del Bureau, que se hospedan en una casa de la misma calle, recibieron otra nota idéntica. Por el tipo de letra se ha conseguido localizar la máquina. Y el hotel. El dueño refirió que un cliente la dejó en su habitación. Ese cliente y dos que se hospedaron al mismo tiempo, desaparecieron de madrugada. Al vigilante nocturno le dijeron que volverían al romper el día.

Davy volvió a leer la nota.

—¿Qué dicen los del FBI? —preguntó.

—Poco. Más bien, nada. Esta vez les tomamos la delantera. Han insistido en que callemos el nombre de Tol Crawn. Se lo digo a usted porque tiene derecho a saberlo. Usted sabe cosas más importantes... Por ejemplo: en la granja encontró suficientes pruebas para deducir que allí se había efectuado una operación de cirugía estética. Esto usted no lo ignora —se volvió a mirar a Vonie—. Ni usted. No les reprocho nada. Les aconsejaron callar, e hicieron bien en obedecer.

—Yo era el primero en opinar que se debía mantener en la máxima

reserva, Cushing —contestó Davy—. Si Vonie y yo nos fuimos del parador, fue porque a mí me resultaba embarazoso enfrentarme con la policía estatal, y tener que silenciar cosas que había visto. Aston se prestó a dar explicaciones...

—He de reconocer que Aston está entre la espada y la pared, y no pudo confiarme todo lo que sabía. Pero yo no le considero un mal muchacho. Creo que llegada la hora, colaboraría con la policía local con toda limpieza.

—No le quepa duda, Cushing. En cuanto a su visita a Chicago...

—Aparentemente, unas vacaciones. Pero la verdad es que vengo por usted, Davy. Deseo que se traslade a Madison y se instale en el mismo hotelucho donde encontramos la máquina con que se escribió esta nota. La habitación donde se desarrolló la partida de póquer está cerrada. Se conserva todo tal como lo dejaron los que estuvieron jugando. No quiero influenciarle con mis hipótesis. Mi propósito es que usted saque sus propias conclusiones a la vista de lo que allí dejaron.

Davy meditó unos momentos.

—Podría alegar que tengo mucho trabajo, pero por suerte tengo buenos ayudantes que pueden evitar el atasco. Quiero ser claro, Cushing. Yo no conozco a Bill mucho más que usted. Estoy enterado de que hace dos años, cuando aún distaba mucho de ser el «número Uno», usted ya se la tenía jurada. ¿Qué puedo hacer yo en Madison que no haga usted?

—Ciertos puñetazos yo no podría darlos. Además, mi cabeza empieza a fallar. Esto lo digo aquí, en privado... Pero el día menos pensado me darán el retiro. Si usted viniera a Madison...

Se interrumpió, haciendo una transición.

—¡No puedo callármelo más tiempo! ¡Bill ha enviado un «recado» para ustedes dos! —y miró alternativamente a Davy y a Vonie.

Después de una pausa, notificó:

—Me envió a casa un sobre que contenía una nota y dinero. Me dice que les diga que ya ha empezado el juego que él les anunció en la granja. Y que el dinero que incluía en el sobre era para pagar la defensa de Syrkin.

Cushing sacó el sobre donde estaban los billetes y la nota. Davy la leyó. La letra no era de Bill, pero el cinismo que contenía el escrito sin duda era suyo.

—No me atreví a mostrarle ese escrito antes del juicio, para no influir en la defensa que ha hecho de Syrkin —dijo Cushing.

—Ha hecho bien.

—¿Dice algo de mí? —preguntó Vonie.

Al primer momento Davy iba a negar. Pero Cushing le pidió con la mirada que no lo hiciera.

—Sí, te nombra... Pero es algo estúpido lo que propone.

—¿A ver? —Vonie cogió la nota y la leyó.

Lo que se refería a la joven era que Bill se ofrecía a jugar una partida de póquer con Davy, si Vonie se prestaba como garantía de que no llevarían a la policía detrás.

Para ponerse de acuerdo debían trasladarse a Madison.

—¿Aceptas, Davy? ¿Aceptas? —prorrumpió ella, enardecida.

—¿Estás loca? ¿Olvidas la suerte que corrieron Jane y las otras dos muchachas?

—¡Por ellas debemos aceptar el reto!

CAPÍTULO VI

El punto de cita era una céntrica calle, muy concurrida a aquellas horas de la noche. Los luminosos letreros, de cambiantes colores, alumbraban la ancha acera por dónde discurría la multitud.

Davy, teniendo cogida del brazo a Vonie, miraba los letreros luminosos. La consigna era que si al llegar a la altura del «Wisconsin Night» no se les presentaba el enlace, debían retroceder para hacer de nuevo el mismo trayecto.

—¿Por qué han escogido un sitio tan concurrido? —preguntó Vonie, tratando de mantenerse serena—. Es seguro que entre la multitud hay *gángsters* y policías.

—Pero los policías no harán nada. Saben que peligraríamos...

El detective Cushing los seguía, a corta distancia. Davy lo había visto, pero no se lo dijo a Vonie.

Faltando poco para llegar a la altura del club, un coche se detuvo junto a la acera. Se abrió la portezuela posterior y alguien que iba dentro empezó a toser.

Era el coche en el que debían subir. Davy cogió desprevenida a la muchacha. El mismo Cushing fue sorprendido.

Como si hubieran estado discutiendo, Davy se volvió y dio con el puño en la barbilla de Vonie.

—¡No te aguanto más!

La muchacha tropezó con la gente y cayó al suelo. Siguió un momento de estupor. La gente miraba a la joven, que había quedado sentada en la

acera, con una mano en la barbilla.

Ni siquiera el que conducía el coche pudo reaccionar con la rapidez debida. Fue Davy quien, metiéndose en el coche, lo espabiló:

—¡Vámonos!

La multitud ya estaba volviéndose para mirar al agresor. Uno de los primeros que se inclinaron para incorporar a Vonie fue el detective Cushing.

Le apretaba un brazo, queriendo indicarle que siguiera en su papel de víctima. En realidad, no hacía falta que se lo pidieran. Vonie, ya en pie, prorrumpió en insultos y amenazas.

Pero el coche ya había arrancado. Junto al conductor iba un individuo. Detrás, aplicando el cañón de una pistola al pecho de Davy, iba otro.

—¿Qué trampa es ésta? ¡Si nos siguieran!... —advirtió, en tono agorero.

—No es ninguna trampa —contestó Davy, tranquilamente, mirando por la ventanilla posterior—. Creo que no nos seguirá nadie, porque saben que estoy a merced vuestra.

—¡La chica también tenía que venir!

—No. Bill es el primer convencido de que yo no iba a pasar por esa condición. Me tendrá a mí, sin armas, como convinimos.

—El que le apuntaba no hacía más que mirar atrás.

—¡Tuerce a la derecha! —ordenó el que iba al lado del conductor.

Durante un buen rato el coche no hizo más que cruzar calles. Por fin se convencieron de que ningún vehículo los seguía.

—Te vamos a vendar los ojos. Mejor para ti sí obedeces —dijo el que iba a su lado, mientras el que estala delante lo amenazaba con un arma.

—¡Cuando el jefe vea que llegamos sin la chica! —chinó el que iba delante.

—Has sido listo, al procurar que se armara barullo —comentó el que le vendaba los ojos—. Dos compañeros iban tras de vosotros, para empujaros al interior del coche, en el caso de que en el último momento tuvieseis vacilado.

—Ya suponía algo de eso —contestó Davy—. Vuestro jefe tendrá que conformarse con que me presente solo. Él lo comprenderá, ya lo veréis.

En una callejuela el coche se detuvo. Se apearon Davy y los dos pistoleros, y el coche arrancó enseguida.

En medio de los dos, con los ojos tapados, Davy se dejó llevar durante unos minutos.

Cuando se detuvieron, había una puerta abierta. Del interior salía olor a humedad.

Pisando sobre un suelo de madera, Davy fue conducido a otro departamento. Luego subió por una escalera de caracol.

El olor a humedad fue desapareciendo. Habían enfilado un estrecho

pasillo.

Uno de los *gángsters* soltó a Davy y se adelantó.

Esperad aquí.

A los pocos momentos estaba de regreso. Venía muy animado.

—¡Sigue la partida con Walling! ¡Está perdiendo hasta las orejas y el jefe no hace más que burlarse!

—Tenemos suerte por cogerlo de buen humor. ¿No se ha enfadado porque no traemos a la muchacha?

—¡Qué va! Se ha encogido de hombros y ha dicho: «Lo suponía».

Davy solo había prestado atención a una cosa: que «seguía la partida con Walling».

Con Tol Crawn hubo partida de póquer. Y luego muerte. ¿Iba a suceder lo mismo con Walling?

Crawn y Walling eran los dos que estuvieron en la casa de campo, con sus respectivas amiguitas.

Con los ojos vendados lo llevaron a la habitación donde se desarrollaba la partida.

—¡Hola, Davy! —saludó Bill.

Le destaparon los ojos y Davy no tuvo que tomar ninguna precaución para habituarse a la luz, porque en aquel cuarto apenas había.

La única lámpara que estaba encendida volcaba un círculo no muy grande sobre el tapete verde. Se adivinaban las figuras sentadas alrededor de la mesa. Se veían las manos, con las que sostenían los naipes.

Cada jugador tenía al lado un cenicero. El cuarto apestaba a humo de tabaco.

Alguien fumaba cigarro.

—¿No dices nada? —volvió a hablar Bill.

Su voz salía un poco deformada por algo que tenía en los labios. Davy miró en la dirección en que había sonado la voz de Bill. Este tenía en la boca un largo cigarro y succionó.

La brasa alumbró levemente su cara. Brillaron los cristales de unos lentes. La brasa se amortiguó enseguida.

—En esta mesa hay uno que no juega. Que se levante y ceda el sitio a Davy —ordenó Bill.

Cuando Davy estuvo sentado, preguntó:

—¿Puedo fumar?

—Desde luego. Si no llevas, Walling te dará. Esta noche está muy espléndido —y rió apagadamente.

A la izquierda de Davy alguien resollaba, pareciendo que, de un momento a otro, fuera a estallar por un exceso de cólera.

—¡Búrlate encima, Bill! —rezongó Walling.

—Antes perdía yo y no me quejaba... ¿Sabes, Davy? Jugamos fuerte. Esta partida quedó interrumpida en la casa de campo... Tú y la policía

llegasteis cuando habíamos hecho un alto en el juego para divertirnos un rato viendo danzar a las muchachas. Eran bonitas las tres «muñecas», ¿verdad? Quedaron con tan poca ropa que con solo una ojeada pudisteis apreciar que sus cuerpos no eran una tontería... ¡Pero qué demonios, si ahora que recuerdo, tú conociste a Jane antes que yo!... Eso podía ser una deuda que tienes conmigo, Davy. Has hecho bien en no traer a tu chica... ¿Seguimos el juego, Walling? —y volvió a reír apagadamente.

—¡Tú lo interrumpes —contestó Walling—. ¡Será mejor dejarlo!

—¿Dejarlo? Todavía falta lo mejor. Hemos quedado en que no terminaríamos hasta que uno de los dos quedara con la cartera vacía.

—¡Ya me he quedado sin dinero!

—Aún dispones de valores negociables... ¿Se dice así, abogado?

Davy acababa de encender un cigarrillo. Al surgir la llama en el encendedor, Bill se inclinó hacia atrás, para evitar que Davy pudiera verle la cara.

—Con mis amigos ha ocurrido algo curioso. Todos son más tontos que yo, y sin embargo, todos están magníficamente situados en el gran mundo. Resulta que mientras yo me divertía despejándoles el camino, apartándoles a tipos molestos, ellos iban enroscándose en el mundo de las finanzas. Claro que ellos no pueden lucir la condecoración de ser el enemigo público número Uno. Yo, sí. ¡Yo, sí! Sigamos la partida, Walling. Sé que Cy Hoag guarda en su caja un lote de acciones que te pertenece. Firma una cesión al portador y juégatela contra todo esto.

Puso en el centro de la mesa un montón de billetes. Abundaban los billetes de quinientos y de mil.

—¡Sin pensarlo más, Walling! Tengo cosas que tratar con Davy. Escribe —le tiró un bloc y la estilográfica. Y se volvió para hablarle a Davy—. Simpatizo contigo... Lo mismo que te encaraste con ese pim-pam-pum del FBI, escupiste al jurado, al defender a un tipo como Syrkin. ¡Pobre diablo! Cuando lo veas dile que siento la broma que le gasté... Le dirás que hasta ahora, yo no he dejado de ser un Syrkin más, utilizado por tipos como Walling, Cy Hoag, Ken Mansky —se interrumpió para reír apagadamente, como si el reír abiertamente le molestara por las heridas que aún debía tener en la tara—. ¡Un Syrkin más! ¡Yo arriesgándome a pecho descubierto, asaltando Bancos, mientras mis brillantes amigos trepaban utilizando escaleras alfombradas!

Black Walling se puso a escribir. Cuando terminó, dejó junto a los billetes el bloc y la estilográfica.

Bill cogió el bloc y leyó lo escrito.

—De acuerdo... Espera, Davy. Terminamos enseguida.

Minuto y medio más tarde, la partida había concluido. Black Walling parecía clavado en la silla.

—Por culpa tuya, Bill... Por matar a las chicas, la policía me busca.

Ahora estoy sin fondos. ¿Vas a dejarme marchar así?

—Es lo mismo que Crawn me dijo la otra noche.

—¡Y lo mataste!

—Cuida tus palabras, Walling... Yo me di por satisfecho con desplumar a Crawn. Si ahora, al salir de aquí, te liquidan, me lo achacarán a mí, de eso estoy seguro. Pero yo no pierdo municiones. A ti te busca la policía, lo mismo que a mí. ¿Por qué tenía que liquidarte? Ya lo harán ellos.

—¡Crawn cayó al poco de terminar la partida!

Bill rió sordamente.

—Lo sé... Pero no fui yo. ¿Tan estúpido eres que todavía no has adivinado el juego? Uno del grupo, que se hace pasar por amigo de todos, es el que va asestando esos golpes, para achacármelos a mí. ¿Cómo has dado conmigo, Walling? Yo solo dije que me importaba hablar contigo.

—Cy Hoag se ha encargado de todo.

—¡El buen Cy Hoag! ¿Tú te fías de él, Walling?

—¿Tú, no? A él le debes que te diéramos los cincuenta mil dólares para que buscaras un refugio...

—... Y pagara la operación. Es muy generoso Cy Hoag. Y está muy bien situado. ¡Demasiado bien situado!

Black Walling se levantó.

—He perdido... No me quejo.

—¿Por qué tenías que hacerlo? Tú enviaste a uno de tus muchachos en busca de una baraja. Esta —y se puso a recoger los naipes—: La guardaré como recuerdo.

Y se la metió en un bolsillo de la americana.

—Ha sido un juego limpio —siguió Bill—. Primero ganabas tú; luego, yo. Así es la suerte.

Black Walling consultó el reloj. Bill comentó:

—Es la quinta vez que te veo consultar el reloj. ¿Qué esperas?

—Un coche me recogerá, a determinada hora.

—No creo que seas tan estúpido que lo hayas citado delante del club...

—No. Esperará en la callejuela.

Los pistoleros de Bill permanecían en la parte más oscura del cuarto. Black Walling preguntó:

—Si es la hora... —contestó Bill— Abre, Hold.

Davy pudo entrever que el que se acercaba a la puerta era uno de los que lo llevaron en el coche. Instintivamente, apenas oír el pestillo, se levantó, colocándose a un lado del marco de la puerta.

Se produjo una descarga. Uno de los subordinados de Bill dio con la cabeza contra el suelo, fulminado.

Bill parecía estar esperando esta embestida, porque también había saltado para apartarse de la línea de tiro. Sacó de la sobaquera y se puso a disparar.

El que abrió la puerta puso en acción una metralleta. Bill volvió la pistola en la dirección en que suponía a Walling.

—¡Perro, traidor!

—¡Sabía tu jugada, Bill! ¡No saldrás de ésta! —ruñó Walling.

Bill hizo dos disparos. Otro subordinado de Bill había entrado en acción, utilizando una pistola ametralladora.

Saltaron al pasillo, rociando las paredes de balas.

—¡Despejaremos la salida, Bill! —gritó uno.

El cuarto quedó con el cadáver de Black Walling, y con dos hombres vivos: Bill y Davy.

—Lo siento, muchacho. Pero ahora no podremos hablar aquí. Tendrás que acompañarme.

—Falta que yo quiera, Bill.

Las metralletas habían dejado de funcionar. Algo lejos se oyeron voces llamando a Bill.

—No te pongas tonto. Una cosa es que yo te tenga simpatía por tus rebeldías, y otra muy distinta que esté dispuesto a aguantar tus desplantes...

Davy se le colocó encima. Sobre su pecho sintió el cañón de la pistola de Bill.

—Dispara —dijo Davy—. He contado los disparos.

Y antes de que Bill tuviera tiempo de comprobar si su arma estaba sin municiones, le dio en el canto de la mano en la muñeca y la pistola cayó al suelo.

A continuación lo golpeó con el puño izquierdo. Bill salió disparado hacia el pasillo. Dio contra la pared y rebotó.

En el corredor había luz y Davy llegó a ver un rostro de pómulos excesivamente acusados, nariz ancha, cejas muy altas... Recordaba la cara de Bill. Pero este rostro le pareció con los mismos rasgos, sin que desplazados, como si después de pintado, hubiesen estirado la tela.

—¡Vámonos, jefe! —gritaron desde el extremo del pasillo.

Una ráfaga de metralleta deshizo la lámpara que había en el pasillo. Davy se inclinó a recoger el revólver y se colocó a un lado de la puerta.

—¡El otro encuentro será distinto, Davy! —gritó Bill, ya lejos del cuarto donde se había efectuado la partida.

Davy examinó la pistola y comprobó que todavía contenía dos balas. Buscó en la sobaquera de Black Walling y encontró una pistola, con un cargador repleto de cartuchos.

Los lentes, en el suelo, recogían algo de luz de la lámpara que alumbraba la mesa de juego. Davy los cogió.

Sobre una silla, en la penumbra, había dejado la pistola de Bill, que solo contenía dos cartuchos.

Iba a situarse junto a la puerta, para repeler cualquier ataque, cuando

maquinalmente levantó los lentes, acercándoselos a los ojos y miró a la mesa.

—Maldito lo que los lentes le van a servir para despistar.

Le parecieron cristales corrientes. Con los lentes puestos empezó a volverse, para escuchar algo que le parecía haber oído en el pasillo.

Tan atento permanecía, que se olvidó de quitárselos. El pasillo, y los extremos del cuarto, permanecían a oscuras o en la penumbra.

Escuchando fuera, su mirada vagó por el cuarto. De pronto, sobre la silla, en la que había dejado la pistola de Lili, vio una mancha de un verde fosforescente.

Se quitó los lentes y la manchita luminosa se esfumó. Volvió a ponérselos, y de nuevo surgió el gusano de luz.

Con los lentes puestos se acercó a la mesa, cogió la lámpara y la inclinó para que alumbrara la silla.

En el asiento solamente estaba el arma de Bill. Lo que brillaba en la oscuridad era el gatillo.

Moviendo la lámpara, Davy fue observando cuanto había en el cuarto. De pronto advirtió que el único cenicero que permanecía vacío era el de Bill. Y Davy estaba seguro de que durante la partida, en ese cenicero hubo el resto de un cigarro, y mucha ceniza.

Recordó que en el momento en que la partida se dio por terminada, Bill se quitó el cigarro de la boca, aplastó la brasa contra el cenicero y el resto del cigarro, que todavía conservaba su vitola, se lo guardó.

Esto era lo que ahora le intrigaba. ¿Por qué había vaciado el cenicero? ¿Por qué se guardó el resto del cigarro?

En un extremo del pasillo se oían pasos y voces. Davy se puso en guardia, situándose en un ángulo oscuro.

Eran elementos de la policía local. El detective Cushing, con otros dos compañeros, también vestidos de paisano, fueron los primeros en entrar.

Cushing era el que más hablaba. Al reconocerle, Davy gritó:

—¡Todo bien, Cushing!

El detective del mostacho emitió una exclamación de sorpresa.

—¡En toda mi cochina vida me harán una burla mayor!

Hasta no tocar a Davy no pareció convencido de que era él, y que se encontraba vivo.

—¿Es que, me siguieron? —preguntó Davy.

—No. Sabíamos que era inútil, además de peligroso para usted. Estábamos convencidos, yo por lo menos no he dudado un solo momento, de que Bill le soltaría.

Los agentes habían recorrido el pasillo y descendido por la escalerilla de caracol.

Uno regresó anunciando que había tres muertos.

Davy explicó a Cushing cómo después de terminada la partida

empezaron los disparos.

—¡Sí! Vimos en la sala del bar a unos sujetos sospechosos. Parecían no conocerse, pero a una hora determinada empezaron a moverse, desapareciendo por el pasillo que conduce a los lavabos. A los pocos minutos arriba se oyeron los tiros.

—Pero, ¿arriba qué hay?

—¿No lo sabe? ¡Ahí está la mayor burla que Bill ha podido hacernos! Arriba está la sala de fiestas del «Wisconsin Night». Y ha tenido la desfachatez de citarles frente al club.

—¿Qué es de Vonie?

Cushing torció el gesto.

—Deja que transcurran algunas horas, ¿eh? No se acerque por ahora a ella. Está en el hotel. La custodian los policías.

—Supongo que en este club tienen trabajo ahora.

—El propietario se ha caído con todo su peso, que no es poco. Ya veremos cómo justifica su relación con Bill y Black Willigan.

Después de recorrer todo el sótano, Davy se asomó a la callejuela, por dónde lo llevaron con los ojos vendados.

Cogió aparte al detective y le dijo:

—Voy a ver si consigo apaciguar a Vonie.

—¡Es pronto! ¡Está que muerde!

—Llevo algo que la intrigará. ¿Por qué no me procura la baraja que Bill dejó en el cuarto del hotel?

—Está en la Comisaría. ¿Para qué demonios la quiere? Ya la examinamos.

—Quiero comprobar una cosa. Pero no aquí.

—Dentro de media hora estoy en el hotel. Pero prométame que si aparece Aston no dirá nada antes de que yo llegue.

—Descuide.

El hotel donde se alojaban Vonie y Davy quedaba cerca. Cuando llegó a la puerta que correspondía a la habitación de Vonie, vio a un agente.

El policía había presenciado cómo Davy golpeaba a la muchacha en plena calle, e hizo un gesto entre asustado y divertido: «¡La que te espera!»

Davy le hizo un guiño y con el gesto le preguntó si Vonie estaba en su habitación. El agente asintió.

—Llame usted. Diga que es algo urgente, y cuando abra, puede marcharse. El detective Cushing no tardará en venir.

El agente hizo lo que Davy le pedía. Vonie abrió. Al ver a Davy se dispuso a cerrar, pero él ya había puesto un pie en la abertura.

Empujó y al momento la joven dejó de ofrecer resistencia. Pero corrió hacia la mesita de noche y cogió una estatuilla que servía de lámpara y sin preocuparse de desenchufarla, se la arrojó. El cordón impidió que llegara hasta Davy y se estrelló en el suelo.

—Parece que en todos los hoteles tenemos que dejar huella de nuestro paso —comentó Davy, recordando los estropicios del parador.

Cerró por dentro y fue acercándose a Vonie. Con gesto grave, dijo:

—No se me ocurrió otra cosa mejor. Yo no podía consentir... ¡Bueno! Sabes demasiado por qué lo hice. ¿Dejas que te refiera lo que ha ocurrido?

El enfado de Vonie fue dejando paso a la curiosidad.

—¿No te entrevistaste con Bill?

Davy refirió rápidamente lo ocurrido. Y sin dar tiempo a que Vonie se repusiera de la impresión, sacó los lentes.

—Póntelos... Mirarás esto.

Desdobló el pañuelo que envolvía la pistola de Bill, y dejó todo sobre el lecho.

—Mira ahí. Voy a apagar la luz.

La luz que pendía del techo y que iluminaba toda la habitación quedó extinguida. Y en la cama surgió un verde fosforescente, un gusano de luz, no más grande que la uña del pulgar.

—¿Qué es esto? —preguntó Vonie.

—¿Qué ves?

La muchacha se acercó más al lecho:

—¡Parece medio anillo!

Davy encendió la luz. La muchacha iba a coger el arma.

—¡No la toques! —advirtió Davy.

—¿Qué es lo que brilla?

—El gatillo.

—¿Y por qué?

—Todavía lo ignoro.

El detective Cushing, temiendo que algún federal se le adelantara, se apresuró a llegar al hotel.

—¡Esta es la baraja! —dijo apenas entrar.

Y se quedó mirando la pistola, que todavía estaba sobre la cama. Enseguida miró a la pareja.

—¿Le ha recibido a tiro limpio? —preguntó.

Davy había quitado el papel que envolvía la baraja. Se caló los lentes y dijo:

—Apaga la luz, Vonie.

Transcurrieron unos momentos de gran ansiedad. Davy no hacía más que pasar naipes.

—¡No hay nada! ¡Enciende!

Vonie lo hizo. Davy tiraba en ese momento la baraja contra el lecho.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó Cushing—. ¿Por qué lleva esos lentes? Ah, vamos. ¿Son cristales para marcas invisibles? ¡Ese truco de los naipes no sirve más que para los tontos! Si ante un tahúr avisado aparece un jugador desconocido que lleva lentes, lo primero que hará será procurarse

una baraja que le merezca todas las garantías...

—¡A eso voy yo, Cushing! En la partida de esta noche, Bill le ha dicho a Walling que la baraja la escogió él. Posiblemente se fueron dos pistoleros, uno de Bill y otro de Walling, a adquirir una baraja en cualquier club. Y la suerte se ha volcado sobre Bill...

—Nada tiene de particular.

—Bill se guardó la baraja y cuanto había en el cenicero. Y recuerdo que reparé en que el dedo índice de su mano derecha, parecía inmovilizado, tieso... Muy de tarde en tarde lo movía.

Cushing se agarró la cabeza.

—¡Esto me faltaba, Davy! ¡No había bastante con la burla de Bill, al escoger el club donde precisamente estábamos nosotros!

Davy le ofreció los lentes.

—Mire a la pistola. Voy a apagar la luz.

Al momento, Cushing exclamaba:

—¡Válgame, qué capricho! ¡Hacer luminoso el gatillo!

Davy encendió la luz.

—No creo que lo hiciera adrede —comentó Davy—. Fue en el momento en que nos atacaron por sorpresa. Bill tuvo el tiempo justo para disparar contra Walling. Su *dedo índice* apretó el gatillo. Un dedo que durante la partida no movía apenas...

—¡Llevaremos esto al laboratorio!

Después de un silencio, manifestó Davy:

—Cushing, no sería justo que ahora se desentendieran de usted. He de hablar con Aston... El deberá gestionar que usted pueda intervenir en la última batida.

—¿Y cuándo será? —preguntó Cushing, como desalentado—. ¡Hemos tenido a Bill ante nuestras propias narices...

—Él está ahora con la obsesión de acaparar dinero, y destrozará cabecillas que estén bien situados. Presiento cuál va a ser su próximo golpe. Si Aston acepta mis condiciones, crearemos un invisible cerco del que Bill no podrá escapar.

Un rato más tarde llegaba el federal, con cara de sorna.

—¿Qué? ¿Se han divertido?

Creía que todo había sido un fracaso. Pero cuando Davy empezó a exponer lo ocurrido, Aston se mostró afectado.

Se hizo la prueba de los lentes y la oscuridad.

Después que lo miró el federal, volvió a hacerlo Davy:

—¡Brilla menos! ¡Se está apagando!

Probaron Vonie y Cushing, y los dos opinaron lo mismo.

—Tinta activa y volátil —comentó Davy—. ¡Tenía que ser algo así! Por eso los naipes que dejaron en el hotel no aparecen marcados.

CAPÍTULO VII

En el domicilio de Cy Hoag, situado en una de las más céntricas avenidas de Chicago, se efectuó la entrevista con el enviado de Bill.

Ken Mansky se hallaba presente, porque era una de las condiciones impuestas por Bill.

El individuo utilizado como enlace era un tipo insignificante, bajito y calvo.

—Yo no lo he visto a plena luz. Ya iba a cerrar mi tienda cuando me sentí empujado hacia dentro. Y reconocí la voz de Bill: «Necesito tus servicios, Parks...». Me estremecí y Bill se echó a reír. Me empujó a la trastienda y dos hombres se quedaron en la acera. Me dijo que encendiera la luz de la mesa escritorio, y casi a oscuras hablamos.

Después de una pausa, recalcó:

—No le vi la cara, no. Cuando se me pasó el susto, Bill me dijo que debía venir a verles y explicarles lo que quería. Y ya lo saben.

—Pero convertir en dinero las acciones de Black Walling no va a ser tan fácil —replicó Cy Hoag—. Walling ha muerto y la policía está al tanto sobre cualquier cosa que le pertenezca. La cuenta del Banco la tiene bloqueada.

Parles, el hombre pequeño y calvo, asintió:

—Bill ya esperaba que le contestarían eso. Pero me pidió que les respondiera que él no traga ese truco.

No es ningún truco! Los valores de Walling están en el Banco.

—Bill dice que cuando Walling empezó a recelar que se sentiría «incómodo» con la policía, les confió a ustedes todos sus valores, porque ustedes son los que están mejor considerados.

Y Parks inclinó la cabeza, al tiempo que empezaba a pasar una mano por el sombrero que tenía encima de las rodillas.

Cy Hoag y Ken Mansky estaban aterrorizados.

—Nosotros estamos dispuestos a desembolsar ese dinero, por ayudarle

—dijo Cy Hoag—. Pero entrevistarnos sería demasiado peligroso.

—También esperaba Bill que dijeran eso. Y me ordenó: «Cuando lo digan, contéstales que no soy un «apestado». Que en otro tiempo yo les resolvía todas las pegas».

—¡No es que le volvamos la espalda a Bill! ¡Lo que queremos es que se ponga a salvo! —intervino Ken Mansky.

El enviado manifestó:

—Bill dice que una vez efectuada la entrevista, desaparecerá del país. Que todo el valor de las acciones de Walling se lo jugará con ustedes en una partida de póker. Tanto si las cosas le ruedan bien, como mal, él no volverá a molestarlos. Deben señalar lugar y hora para esa partida. Pero debe ser esta misma noche.

—¡No hay tiempo para nada! —exclamó Cy Hoag.

—Bill busca eso: que no haya tiempo para nada —contestó el enlace.

Eran ya las ocho de la noche. Cy Hoag y Ken Mansky se miraron.

—¿Aquí, a las diez? —dijo Hoag.

El hombre calvo se encogió de hombros.

—Eso es cosa de ustedes. Si Bill acepta, lo sabremos enseguida.

—¿Cómo?

—Tengo que telefonearle desde aquí. Está esperando la respuesta. Quizá acepte. En este edificio entra y sale mucha gente.

Era un rascacielos, dedicado gran parte a oficinas. Había varios ascensores y escaleras, y mucho trajín.

—Comuníquese —autorizó Cy Hoag.

Parks dejó el sombrero sobre el sillón y marcó un número en el teléfono que había sobre la mesa escritorio. Enseguida estableció comunicación.

—El señor Hoag se pondrá al aparato —dijo el enlace, pasándole el teléfono.

Temblando, Hoag cogió el aparato.

—¿Qué hay?

—¡Tú dirás, Hoag! Lugar y sitio —hablaba deprisa, pero no parecía nervioso.

—Aquí, dentro de un par de horas. ¿Te parece?

—¿Y por qué no dentro de una hora? Tu caja fuerte está repleta de billetes. Hazle un préstamo a Mansky. ¿Está ahí?

—Sí. ¿Quieres comunicar con él?

—No es necesario. Tened dispuesta una cantidad de dólares no inferior al cuarto de millón...

—Pero a estas horas...

—Mi otro enlace te avisó con tiempo. Un cuarto de millón, por lo menos. Las acciones de Walling ya rebasan los setenta mil. Me los jugaré. Y espero tener suerte... ¡Ah! Procuraos unas cuantas barajas. ¡Ojo con marcarlas! —sonó la risa de Bill—. Hasta dentro de una hora... Y no

penséis en tenderme una trampa. Estoy preparado. Hay un paquete de documentos que irá a parar al Bureau, si a medianoche no vuelvo a mi refugio. Esos documentos acabarán con vosotros. Hay algunas declaraciones firmadas por sujetos que tú y Mansky teníais a vuestras órdenes. Dicen de vosotros cosas que el fiscal sabrá utilizar... ¡Hasta luego!

Colgó. Hoag, tembloroso, soltó el aparato. Miró al enlace.

—¿Desde dónde nos telefonea?

—Desde mi tienda —contestó Parks—. Ya estará saliendo por la puerta del almacén, que da a una callejuela. Bien, lamento que nos hayamos conocido para una cosa tan desagradable... Yo, como ustedes, también le debo algunos favores a Bill. Y llega un momento en que hay que pagar.

Cy Hoag abrió un cajón y sacó una pistola.

—¡Usted no saldrá de aquí! ¡Regístralo, Mansky!

El hombrecito, con el sombrero en una mano, levantó los brazos mientras Mansky lo cacheaba.

—¿Qué esperaban encontrar? Yo nunca he utilizado un arma —dijo Parks, cuando Mansky terminó el cacheo.

—De todas formas, no saldrá de aquí —anunció Hoag—. Uno de mis criados se ocupará de usted.

Mansky se encargó de llevarse al enlace del despacho. Cy Hoag estuvo unos momentos vacilando, mirando el teléfono.

Por fin marcó un número:

—¿Davy Ogman? Soy Hoag... Aquí, dentro de una hora. Pero me ha amenazado con presentar al FBI documentos que me comprometen. Usted me prometió...

—Ir solo. Descuide. Pero tenga en cuenta que Bill irá acompañado.

—Ya lo supongo. Mis muchachos conocen a los suyos. Los distribuiré por los pasillos para que vigilen los ascensores.

Cuando llamaron, no fueron los criados a abrir, sino el mismo Cy Hoag. Eran las nueve en punto.

Pero no era Bill, sino uno de sus secuaces.

—El jefe me ha encargado que deje la habitación en condiciones. ¿Me lo permite?

—No entiendo. ¿Qué es eso de dejar la habitación en condiciones?

—¿Dónde piensan jugar?

—En ese gabinete.

—Permítame que lo vea.

El individuo pasó a la estancia donde tenía que desarrollarse la partida. Una lámpara portátil fue colocada cerca de la mesa, de forma que la luz alcanzara el centro del tablero. El individuo designó el sitio que quedaba en penumbra.

—Ahí se sentará el jefe. Todas las demás luces deberán estar apagadas, tan pronto llegue él. Tengan todo dispuesto.

Se marchó. Tres minutos más tarde volvía a sonar el llamador. Y ahora abrió Ken Mansky.

La luz del pasillo alcanzaba una figura esbelta, que se envolvía con un impermeable, las solapas levantadas, el ala del sombrero algo caída sobre la cara.

—Hola, Mansky. Cierra —dijo Bill.

Después que lo hiciera Mansky, Bill comprobó que estaba pasado el pestillo.

—¿Por qué no quieres que te veamos la cara? ¿Es que no ha quedado bien? —preguntó Mansky, forzando un tono cordial.

—No importa cómo ha quedado. Pero sí quiero evitar que me veáis. Estoy seguro que para llegar aquí me he rozado con varios policías. ¡Peor para vosotros si hay alguno en este compartimiento!

—¡Bill! Por la cuenta que nos tiene, Hoag y yo queremos que este asunto se desenvuelva sin incidentes... Pasa al gabinete. Allí espera Hoag.

Casi a oscuras fueron al departamento donde tenía que desarrollarse la partida.

—Hola, Bill —saludó Cy Hoag, sentado, manteniendo las manos sobre el tablero de la mesa.

—Hola —contestó Bill.

Se sentó en el lugar que quedaba en mayor penumbra. No se quitó el impermeable, ni el sombrero.

—Dinero y baraja —pidió.

—Enseguida —contestó Hoag—. ¿Un cigarrillo?

—Ya no fumo cigarrillos. He tenido que romper cae todas mis costumbres. Voy a encender un cigarro.

—Yo te daré.

—Gracias. Pero prefiero los míos.

Metió la mano en la abertura del impermeable, sacó un cigarro y sin quitarle la vitola, se lo puso en la boca. Para encender, se volvió.

—¿Llevas lentes, Bill? Será como disfraz. Tú siempre tuviste buena vista.

—Y sigo teniéndola, Hoag, no lo dudes. ¿Cuánta gente hay en este apartamento?

—Los criados...

—¿Cuántos?

—Dos.

—Ahí fuera tienes a muchos. He pasado junto a ellos y no han parecido reparar en mí. ¿Queréis que haya «fiesta»?

—¡Oh, no! —se apresuró a decir Cy Hoag.

—¡Todos queremos que esto se desenvuelva en paz! —agregó Ken Mansky.

—Eso espero. No soy yo quien más perdería. Yo ya estoy «señalado»

por el FBI.

Cy Hoag puso varios fajos de billetes sobre la mesa.

—Cuenta eso. Corresponde a las acciones de Black Walling.

—¿Cuánto dinero vais a poner en juego?

En el puesto de Hoag y en el de Mansky aparecieron paquetes de billetes de a mil.

—¿Está tomada la numeración? —preguntó Bill, en tono jocoso.

—¿Qué ganaríamos con ello? —replicó Hoag—. Nos tienes cogidos del cuello.

—Así es —contestó Bill—. Te he estado utilizando estas últimas semanas haciéndote creer que confiaba en ti. Pero antes de hacerlo ya sabía a qué atenerme. Se te hace muy cuesta arriba temer a un hombre más joven que tú, Hoag. Y en el «Wisconsin Night», en Madison, enviaste hombres para que fingieran que eran subordinados de Walling.

—¡No es cierto! ¡Era gente de Walling!

—¿De veras? ¿Y por qué no me avisaste?

—No tuve tiempo.

—Bien. Empiece la partida.

Ken Mansky colocó una baraja al alcance de Bill. Todavía tenía la envoltura.

—Revísala, si quieres. Uno de mis criados acaba de comprarla en un club cercano —explicó Hoag.

—Es lo mismo que hicimos Walling y yo, en la partida del «Wisconsin». En la anterior, en la que efectuamos Crawn y yo en un hotel de Madison, la baraja también vino de un club.

—¿Quién ganó? —preguntó Mansky.

—Yo. Llevo una buena racha. Crawn no solo perdió cuanto llevaba encima, sino que cometió la torpeza de decir que iba a presentarse a la policía, porque él nada malo había hecho la noche en que cayeron las «tres muñecas». ¡Qué estupidez! ¿Verdad? Como si todo consistiera en retirarse cuando a uno le conviene. Hay partidas que tienen que jugarse hasta el final... como esta...

Y empezó el juego. Las primeras manos eran desfavorables a Bill. Este, con el cigarro en la boca, reía apagadamente. El dedo índice de su mano derecha se movía de vez en cuando, para tocar algún naipe.

Y también para apoyarse en la vitola del cigarro.

—¿Quién está ahí? —preguntó Bill, haciendo ademán de buscar la pistolera.

—¡Cuidado! ¡Te he tomado la delantera, Bill! ¡Soy Davy! Esta vez me he invitado yo.

Cy Hoag y Ken Mansky quedaron con las manos sobre el tablero, para que Bill se convenciera de que ellos no pensaban atacarle.

—¡Conque eres tú! —comentó Bill.

—No pareces muy sorprendido. Cualquiera diría que lo sabías.

Sonó la risa apagada de Bill.

—¡Claro que lo sabía! Has cruzado el vestíbulo sin prisa, procurando que mis muchachos te vieran. Siéntate, si es que has venido a jugar...

—A condición de que las manos estén siempre a la vista. Ahora he venido armado. ¿Por qué te rueda mal el juego?

—Ya cambiará.

—Eso espero. Una vez hayan pasado todos los naipes por tus manos, la suerte puede ser distinta.

Hizo efecto. Bill se quitó el cigarro de la boca para contestar:

—¡Menos conversación! ¿Has de jugar?

—Siempre que Hoag y Mansky respondan de las pérdidas. Jugáis demasiado fuerte.

—¡Pues límitate a mirar, si no tienes dinero! ¡Vamos! Siga el juego...

Davy se sentó frente a Bill. Los cuatro permanecían casi borrados por la penumbra.

Davy vio que Bill se quitaba otra vez el cigarro de la boca, lo acercaba al cenicero y con el dedo le daba unos golpecitos, para sacudir la ceniza. Pero la yema del dedo siempre daba en la faja del puro.

«La vitola sirve de tampón —pensó Davy—. Cada vez que quiere marcar unos naipes, carga de tinta invisible la yema del dedo, para imprimirlo en el naipe».

Echando el cuerpo hacia atrás, se había calado unos lentes y veía que los naipes que sostenían los jugadores tenían, bien en el ángulo superior de la derecha, bien en el centro o en el ángulo de la izquierda, una mancha luminosa.

Unas estaban en el borde de los naipes. Otras, casi a una pulgada de la parte superior. Según el sitio, debían representar un as, un rey...

Davy apenas podía contenerse. Ahora la «suerte» había girado y los billetes iban pasando al puesto de Bill. Este parecía embriagado.

Había momentos en que, al acercar el cigarro al cenicero, la uña del pulgar parecía que fuera a clavarse en el puro, como otras veces hizo con los cigarrillos. Eso era señal de que estaba excitado.

—¿Va todo? —preguntó, dejando en el centro de la mesa un montón de billetes—, ¡Hay que terminar cuanto antes!

Por dos veces había consultado el reloj de pulsera.

—¿A qué hora tienes convenida la embestida? —preguntó Davy.

—¿A qué te refieres?

—A algo parecido a lo que ocurrió en los sótanos del «Wisconsin». Allí fue Walling quien fijó la hora.

Sonó una risa de burla.

—¿Tú crees que fue Walling? Lo intentó y le seguí el aire.

Siguieron unos instantes de total silencio. En el centro de la mesa había

en juego fajos de billetes.

Hubo descartes. Davy seguía las manchas luminosas que había en algunos naipes.

Bill llegó a tener cuatro cartas con la marca luminosa situada en un mismo ángulo: en el superior izquierda. Davy dedujo que las cuatro eran del mismo valor.

La quinta carta tenía la mancha casi en el centro. Debía ser el comodín.

Podía más el influjo que ejercía el montón de billetes que el peligro que los jugadores podían correr.

En el momento de descubrir el juego, Bill fue el último en enseñar las cartas.

—¡Cuatro reyes! —exclamó Mansky.

—Son los que tiene la baraja —contestó con sorna Bill, retirando del centro de la mesa los billetes—. Tendrás que facilitarme un maletín, Hoag. Al salir de tu apartamento, sé que tendré que abrirme paso.

—¡No! ¡Davy ha prometido que no traería policía!

—No he traído a nadie —contestó Davy—. He puesto precio a mi colaboración con la policía.

Sobre la mesa estaban los naipes y los billetes. Bill había enmudecido, lo mismo que Davy. Se había quitado el impermeable, para evitar que su figura clareara.

—Bill, tú no hables. Nosotros te ampararemos —dijo Hoag—. Voy por un maletín para el dinero. Y te acompañaremos hasta la puerta.

En el momento en que se disponía a salir, se oyó que presionaban en la puerta que daba al corredor.

—¡Puede ser la policía! —dijo Mansky, sacando el arma de la sobaquera.

Cy Hoag hizo lo mismo. Durante unos momentos permanecieron cerca de la luz, dudando a qué lado ponerse.

Se oyó un chasquido y la lámpara quedó apagada. Era un disparo hecho con silenciador. Lo hizo Davy, al tiempo que se dejaba caer de bruces tras un mueble.

También con silenciador le disparó Bill.

—¡Bill! ¡Estamos contigo! —se ofreció Hoag, al tiempo que levantaba la mano armada, apuntando hacia el sitio donde había sonado el disparo de Bill.

—¡Sí! ¡Estamos contigo! —agregó Mansky.

—Ya lo sé —dijo Bill, dando un formidable salto, disparando dos veces.

Los dos cayeron muertos. Bill ya se había situado en la otra habitación cuando preguntó:

—¿No te asombra mi puntería, Davy?

—¡No! ¡Y has sido un estúpido al apagar la luz! ¡Estás a merced mía! Tratas de acercarte a la puerta.

Surtió efecto. Davy vio cómo Bill se detenía y giraba, para desplazarse a un lado de la habitación.

Sobre la mesa de juego se veían los naipes, marcados con luz verde. Y en el suelo se adivinaban los cuerpos de Hoag y Mansky.

—¡Nunca llegarás a la puerta, Bill! Hasta ahora te ha salido bien el póker y la tumba al contrincante.

—¿Cómo vas a impedir que me acerque a la puerta?

Hizo sonar los pasos como si fuera en realidad a la puerta. Pero enseguida rectificó, para deslizarse acucillado hacia donde suponía que estaba su adversario.

Davy iba girando al mismo tiempo que su enemigo. Veía el gusano de luz verde en su mano.

Bill iba perdiendo los nervios. De pronto se irguió e hizo dos disparos para enseguida correr hacia la puerta, sin producir ruido.

—¡Llevas el revólver marcado, como los naipes! —dijo Davy.

Esperó a que Bill se volviera. La sortija verde quedó a la vista de Davy y apretó el gatillo al tiempo que se dejaba caer de bruces.

En el suelo giró, mientras Bill, herido en un costado, se acucillaba, haciendo un disparo casi a ras del suelo.

Davy volvió a apretar el gatillo y el arma saltó de la mano de Bill.

Afuera habían dejado de presionar la puerta. Los secuaces de Bill estaban desconcertados porque lo convenido era que a determinada hora, al segundo exacto, como Bill preparaba los asaltos al Banco, la puerta del departamento de Hoag quedara abierta.

Por los pasillos estaban distribuidos secuaces de Bill, de Hoag y Mansky, vigilándose. Los disparos que hicieron Bill y Davy, pese a estar hechos con silenciador, fueron captados por oídos tan avezados como los de los *gángsters*. Y cundió la alarma.

Al pretender huir los de Bill, los de Hoag y Crawn les hicieron frente. El tiroteo entre ellos se produjo en el momento en que Davy tocaba el conmutador de la luz.

Bill estaba sentado en el suelo, recostado contra una pared, la mano derecha destrozada. Por una comisura de la boca le salía sangre.

Se quedó mirando a Davy. Este llevaba lentes de concha. Pero los cristales eran idénticos a los que llevaba Bill. Este recordó los lentes que perdió en los sótanos del «Wisconsin». E hizo una mueca.

—El póker... es tuyo...

—Y tuya la tumba —contestó Davy, sin poder contener su asco, al recordar la muerte de las «tres muñecas».

Sin hacer caso de los disparos que se oían fuera, marcó un número en el teléfono.

—Sí, Aston. Cuando queráis...

Ningún criado de Hoag había quedado en el compartimiento, por

imposición de Davy. Solamente había un extraño, pero que aún molestar muy poco porque permanecía encerrado.

Davy fue a abrirle. Era el tendero Parks. Estaba temblando de miedo.

—Ya todo ha pasado —le dijo Davy.

—¿Todo? ¡Conozco demasiado lo que ocurre en estos casos! ¡A mí me barandearán ante el tribunal! ¿Me defenderá usted, como lo hizo con Syrkin?

—¿Tú conoces a Syrkin?

Parks estrujó el sombrero, azorado:

—De jóvenes... «trabajamos» juntos. ¡Pero todo eso ya pasó! Yo tengo mi tienda de antigüedades. Syrkin, su viejo coche.

—Nadie te molestará.

Cuando fue a abrir la puerta a los federales y al detective Cushing, miró de pasada a Bill. Ya estaba muerto.

* * *

Cuantos pasaban junto al cadáver de Bill, rehuían mirarle la cara. Todos sentían la misma impresión que experimentó Davy, cuando en el sótano del «Wisconsin» entrevió el rostro de Bill. Eran las mismas facciones, pero desplazadas. La tela pintada, que después hubiese sido estirada.

Y los pómulos tan pronunciados parecía que fueran a partir la piel.

A medida que iban pasando los minutos, iba transfigurándose. Allí estaba, volcado sobre el suelo, el enemigo número Uno.

Mientras los técnicos de la policía tomaban fotografías y toda clase de huellas, Davy, el detective Cushing y el federal Aston hablaban en el gabinete donde se había desarrollado la partida.

En el suelo se encontraba el resto del cigarro que Bill había usado para marcar los naipes.

—Sí, tal como tú pensabas —dijo Aston, después de examinarlo.

Al presionar con el índice, una leve almohadilla que cubría la sortija de papel dejaba escapar por los relieves del anillo finísimas gotas de la tinta invisible. Lo notaban porque la vitola adquiriría de pronto un brillo húmedo. Enseguida se extinguía.

—Toma, Aston —dijo Davy, ofreciéndole un cigarro entero—. Bill lo llevaba en el bolsillo. Ya tienes lo que querían en el laboratorio. Ese cigarro va cargado.

Davy consultó el reloj.

—¿Vonie espera en la redacción? —preguntó.

—Allí la hemos dejado. Pero nos ha amenazado con venir si no apareces a la hora convenida —dijo Aston.

—Esto no se lo perdonaría ella: que un colega se adelantara en la

información —dijo Cushing.

Davy tenía ganas de marcharse.

—Saldremos aquel hombrecito y yo —dijo, señalando a Parks, que permanecía hundido en un sillón.

—¿Seguro que no puede ofrecer nada de importancia? —preguntó Aston.

Davy asintió. Para salir, tuvieron que acompañarles dos agentes, pues el edificio estaba tomado por la policía. Algunos *gángsters* se suponía que todavía permanecían en el rascacielos, y el registro se hacía piso por piso.

Por los pasillos se veían regueros de sangre. Junto a dos muertos se encontraron sendas metralletas.

Ya en la calle, Davy se despidió de Parks.

—No abra mañana la tienda, ni pasado. Espere que pase el nubarrón —aconsejó Davy.

—Así lo haré. Y a Syrkin le diré que no saque el coche por unos días.

No eran exageradas esas precauciones, porque durante algunos días el FBI y la policía local no descansó, dando batidas en los antros más insospechados.

Se iban recibiendo confidencias, demasiadas confidencias. Era el síntoma característico, revelador de que una muralla se encontraba en pleno derrumbe.

Cy Hoag y Ken Mansky pesaban mucho en el mundo de los negocios, y de pronto, los que los habían tratado procuraban negar toda relación con ellos, fingiéndose amenazados por los viejos *gángsters*.

La amenaza de Bill de que tenía preparado un paquete de documentos comprometedores, no fue una jactancia. Esos documentos aparecieron en la Jefatura Central de Policía, enviados por correo.

* * *

Tal como iban saliendo las cuartillas de la máquina de escribir eran pasadas a la sala de linotipias.

Escribía Davy. Vonie, sentada a su lado, miraba con ansiedad cómo iban formándose las palabras que relataban el fin de Bill Luster.

Sería el primer periódico del país que daría una información detallada. Y en ese mismo número, Vonie empezaría la serie de reportajes en los que daría a conocer lo sucedido en «El Molino de la Bruja».

Y cómo una muchacha de aldea puede ser devorada por la gran ciudad.

De madrugada, Davy dio por terminado el trabajo. Al entregar la última cuartilla, quedaron solos en la redacción.

—¿Satisfecha? —preguntó Davy.

Vonie asintió con un movimiento de cabeza, sonriendo.

—Te has portado muy bien. Lo has escrito hábilmente, repartiendo los tantos entre el FBI y la policía estatal. Eso está bien.

La muchacha se levantó y fue al ventanal.

—Todavía no amanece —dijo, vuelta de espaldas a Davy.

El manipulaba en la máquina sin que ella se diera cuenta. Cuando terminó, volvió la cabeza para mirar a la joven.

Su atractiva figura fue enervándole. En la máquina había una cuartilla en blanco. Sobre la mesa, a un lado, Davy había dejado un cigarro de Bill, con la faja tampón. La vitola la había pasado por las letras de la máquina.

—¡Vonie! ¡Acércate! —dijo, mientras escribía.

Había colocado la tecla de la cinta impidiendo que las letras, al golpear el rodillo, se entintaran.

—¿Qué escribes? —preguntó Vonie, viendo las letras en blanco, insinuadas por el relieve.

Davy sacó del bolsillo superior las gafas y se las ofreció.

—Lee.

Y apagó la única luz que había encendida. Mientras ella leía, inclinada sobre la máquina, Davy le pasaba un brazo por la cintura.

Fosforescían las palabras de amor. Pero eran demasiado fuertes. Vonie enrojó, mientras se dejaba acariciar.

—Va mi respuesta —dijo ella.

Y se puso a escribir. Le pasó las gafas.

«Te expresas como un bruto. Pero yo tampoco puedo resistir más».

Esa misma mañana, cuando todo Chicago estaba pendiente de lo que decían los periódicos y la radio, se casaron.

FIN



EL AULLIDO DEL LOBO

por

BURTON HARE

Rodé sobre mí mismo. Alguien emitió un quejido y vi unos pies que retrocedían, vacilantes.

Esquivé la acometida de otro de los asaltantes, y logré levantarme en el preciso instante en que el tipo se lanzaba sobre sí esgrimiendo otra vez la corta matoraca.

Busqué la protección de la pared para resguardar mi espalda. Entonces apoyé las manos en el muro y saltó, con la pierna derecha por delante.

El salvaje puntapié consiguió detener la acometida del matón, además de obligarle a retroceder dando bandazos.

Una novela que usted recordará con inquietud...

EL AULLIDO DEL LOBO

un relato que guardará entre sus preferidos

EL AULLIDO DEL LOBO

¡la mejor novela de BURTON HARE!

¡Léala en el próximo número!

LA GRAFOLOGIA

A. M. Cobbaert

Mil posibilidades en esta frase tan sencilla: saber cómo somos en realidad, cómo son las personas que nos rodean, para qué servimos, y hasta cierto punto, a dónde vamos...

Jefes de empresa, médicos, educadores, técnicos en orientación profesional, investigadores, todos se valen de la grafología como de una ciencia exacta.

¿Por qué no utilizarla nosotros para nuestro provecho y diversión? ¿Ha pensado en ello?



MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772